

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
NADINE MILLARD



SU NOVIO
Accidental

Su novio accidental

NADINE MILLARD

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

El corazón de Lady Natalia Soronsky estaba demasiado acelerado, aunque exteriormente ella permanecía tranquila.

Fue un gran cambio para una mujer joven mudarse de Rusia a Inglaterra.

Que Natalia asistiera a la Escuela de Perfeccionamiento de la Señorita Fincham era algo que su madre inglesa siempre había soñado para su querida hija.

“Esto me convirtió en la mujer que soy hoy, Talia. Y te convertirá en la mujer que sé que puedes llegar a ser”.

Natalia era una niña precoz. Había oído ese sentimiento lo suficiente como para saber que debía ser cierto.

Su padre la llamaba “diamante en bruto”. Él lamentaba que se fuera, aunque reconoció los méritos que ella obtendría, al viajar a Inglaterra para visitar a la familia de su madre y cursar estudios superiores, antes de regresar a casa, y elegir un marido adecuado entre la nobleza rusa.

Ese era el plan de vida de Natalia, y con solo doce años, ella no tenía ni la inclinación, ni los medios para discutir. Aunque viajar a Inglaterra parecía una gran aventura para su joven mente.

Sin duda, ella echaría mucho de menos a su familia: a su madre, a su padre y a los gemelos Petr y Andrei. Pero también conocería bien a la familia de su madre, ya que se quedaría con la tía Mary, la hermana de su madre, cuando no estuviera en casa de la señorita Fincham.

Natalia estaba de pie en la cubierta del barco, observando la inmutable extensión de agua a su alrededor. Cuando regresara a Rusia, ella sería una auténtica dama inglesa, igual que su madre.

Y su padre le informó regularmente, durante el largo y monótono viaje a Inglaterra, que ella regresaría a casa, conocería a los caballeros con los que él quería que se casara, elegiría a uno y viviría su vida, tal como él lo deseaba.

Capítulo uno

—No puedo creer que esto haya sucedido tan rápido. —Talía se mordió el labio con ansiedad, mientras recorría con su mirada, una vez más, la elegante letra de su madre, aunque a estas alturas podría haber recitado de memoria lo que contenía la carta.

Su amiga, Lady Beatrice, se acercó y le dio una palmadita comprensiva en la mano a Talía.

—Seguramente, tu padre no espera que viajes tan cerca de la Navidad —dijo ella preocupada, frunciendo el ceño.

Natalia se sacudió la cabeza rápidamente, sus rizos negros rebotaron con esta acción.

—No —suspiró—. Él viene para acá.

Sus ojos azul hielo examinaron la misiva, una vez más:

“Mi querida Natalia,

Tu padre ha elegido tres novios adecuados, y cree que ya es hora que regreses a casa. Viajaremos a Inglaterra para pasar la Navidad con mi hermana, y luego todos regresaremos a casa, en Rusia, para que puedas elegir a tu marido. Los gemelos están ansiosos por verte, igual que yo, querida. Ocho años es demasiado tiempo para pasar lejos de ti, hija mía.

Con todo mi amor,

Mamá”.

Por supuesto, esto era cierto. Ocho años fueron demasiados. Más aún, habían pasado cuatro años más de lo que debió haber sido.

El plan era que Natalia viniera a Inglaterra y asistiera a la escuela de la señorita Fincham, desde los doce hasta los dieciséis años, y luego regresara a Rusia, ingresara a la sociedad, y conociera al tipo adecuado de caballero.

Aunque desde el primer momento en que Natalia llegó a Inglaterra, ella se enamoró del país. Y a pesar que extrañaba a su patria, Rusia, y a su querida familia, había sido muy feliz aquí. Además, a medida que fue creciendo, Natalia se dio cuenta que lo último que deseaba era un marido, seleccionado por su padre, ¡especialmente sin siquiera verlo!

Natalia quería disfrutar su vida y elegir su propio camino. Y ciertamente, volver a su casa, en Rusia, con un hombre desconocido que su padre aprobara, no era “vivir” su vida.

Durante cuatro años había logrado disuadir a su padre. Primero, afirmando que necesitaba vivir una temporada en Londres para ser una dama verdaderamente completa, como su madre, y luego, afirmando que la tía Mary tenía mala salud y necesitaba a Natalia, a su lado.

Esto último era solo una verdad a medias. La tía Mary había estado enferma, pero nunca había expresado su deseo que Talía se quedara con ella, aunque siempre se alegraba de tenerla allí.

Como solo tenía hijos varones, la tía Mary había disfrutado de tener una hija sustituta cerca. Al respecto, Freddie y Joseph ahora estaban casados, tenían esposas e hijos, y la tía Mary contaba con muchos familiares cerca.

Talía se quedó sin excusas, mientras que a su padre se le estaba acabando la paciencia.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Bea.

—¿Qué puedo hacer? —respondió Talia.

Beatrice y Natalia se conocieron el primer día de clases en la escuela secundaria de la señorita Fincham, y desde entonces fueron amigas íntimas.

Bea era la hija única de una viuda escandalosamente rica, Lady Fortescue.

Cuando se conocieron, su amiga extrañaba a su padre, recientemente fallecido, y Natalia anhelaba la compañía de su familia, por lo que las chicas fueron muy unidas desde el principio. Incluso, considerando que Bea no tenía hermanos, solo un primo odioso, arrogante y canalla, Lord Benjamín Trafford, conde de Staunton, las chicas se habían vuelto aún más cercanas, y prácticamente eran como hermanas.

Ellas se conocían desde la época en que Lady Fortescue y la tía Mary eran vecinas y sus casas de campo estaban a tan solo cinco millas, una de la otra. Aunque la amistad que había surgido, a partir de esa primera presentación, era genuina y valiosa para ambas.

El salón, en el que ahora se encontraban, le resultaba tan familiar a Natalia, como su propia casa con la tía Mary, pues iba allí frecuentemente.

¿Cómo podía dejar todo esto atrás? ¿Cómo podía decirle adiós a Beatrice, y a la vida que había disfrutado aquí para casarse con un noble ruso, al que no conocía?

No podía. Simplemente, esto era así.

—¿Tal vez si razonaras con tu padre? —le sugirió Beatrice con un dejo de desesperación, en la voz—. Tal vez si le explicaras lo feliz que eres aquí, lo establecida que estás.

—Eso no sirve de nada, Bea —respondió Natalia, aunque su mente estaba llena de posibilidades locas y descabelladas—. Mi padre no es un hombre con el que se pueda razonar —Ella terminó distraídamente, pensando en planes y conspiraciones, que revoloteaban por su cabeza.

Su padre estaba decidido a que ella se casara. Sin embargo, ¿qué pasaría si ella ya estuviera comprometida, cuando él llegara? Pero su familia estaría en Inglaterra la próxima semana. Y el día de Navidad sería dos semanas después. Su padre quería que todos regresaran, antes de la Duodécima Noche.

Natalia pensó emocionada que lo único que necesitaba era un prometido, alguien con quien pudiera estar comprometida, o al menos fingir que tenía una relación.

Esto solo tendría que durar lo suficiente para ganar algo de tiempo, lo necesario para que su padre pudiera regresar a Rusia sin ella. Más aún, si Natalia pudiera convencer a su padre, que estaba comprometida, y se casaría el año siguiente, él podría regresar a Inglaterra desde Rusia para verla casada, y así ella no se vería obligada a volver a casa ni casarse con un extraño.

“Pueden pasar muchas cosas en un año”, ella lo pensó, mientras desarrollaba su plan, a toda prisa Incluso, ¡el hombre podría echarse para atrás! O bien morir en el mar, o le podría suceder algo igualmente trágico.

Si le rompieran el corazón, eso le daría al menos unos cuantos años más de vida. Ni siquiera su padre la obligaría a casarse, si su único y verdadero amor estuviera en el fondo del Atlántico.

—Bea —se dirigió hacia su amiga y escuchó la emoción en su propia voz.

Los ojos color avellana de Bea se abrieron, ante lo que vio en la expresión de Talia.

—¡Oh, cielos! —expresó su amiga dubitativamente—. ¿Qué estás tramando?

—Necesito un prometido —declaró Natalia, triunfante.

Beatrice frunció el ceño y un rizo castaño claro cayó sobre su frente con la acción.

—¿Eh? ... ¿Sí? —lo dijo confundida—. ¿No es eso lo que nos preocupaba?

—No es uno de verdad —manifestó Natalia con exasperación—. Necesito uno falso.

—¿Qué quieres decir? —jadeó Bea.

Natalia se levantó de un salto, y comenzó a caminar sobre la alfombra Aubusson.

—Mi padre está decidido a casarme, pero no ha dicho cuándo. Si consigo hacerle creer que he encontrado una pareja adecuada, aquí en Inglaterra, eso debería bastar para despistarlo y conseguir mi libertad, al menos por un tiempo, hasta que se me ocurra algo más permanente.

Beatrice meneó la cabeza.

—Todo esto suena muy complicado —dijo—. Y deshonesto —añadió con un tono cargado de desaprobación.

Al menos Beatrice era correcta y decorosa, en todo momento.

—¿No podrías casarte con alguien y quedarte aquí?

Natalia inmediatamente negó con la cabeza.

—No, ¡no podría! —exclamó con firmeza—. No me casaré con un hombre, a menos que esté perdidamente enamorada de él —continuó con determinación—, y si no he conocido a un hombre así hasta ahora, es muy poco probable que lo conozca la semana que viene.

Ella se movió rápidamente de nuevo hacia el diván, sentándose en un remolino de muselina con ramitas blancas.

—Solo necesito un prometido hasta que papá se vaya a casa —aclaró rápidamente—. Y entonces, podré matarlo, o convertirlo en un canalla que me rompa el corazón.

Los ojos de Bea se abrieron alarmados, pero Talia no le hizo caso. A veces, Bea simplemente no tenía estómago para lo que era necesario, y nunca había compartido el don de Talia para lo dramático.

—Y cuando rompas ese “compromiso” —preguntó Bea con el ceño fruncido—. ¿Qué pasará? Tu padre volverá y te llevará lejos de casa.

—Mmm, un punto excelente. —Natalia frunció el ceño. Pero pronto ella se recuperó—. Me ocuparé de eso cuando llegue el momento —confirmó con despreocupación—. Después de todo, si lo mato, podría quedarme con el corazón roto durante años —terminó alegremente, ignorando el jadeo de desaprobación de Beatrice.

Hubo un breve silencio, mientras Bea reflexionaba sobre el plan de Natalia, y al final, ella volvió a hablar:

—Parece que estás decidida —expresó Bea, y Natalia pudo sentir que se avecinaba algo.

—Pero... —expuso su amiga—. Hay un problema muy grande, que aún no has abordado.

—¿Ah, sí? —Natalia sonrió con cierta presunción, pues sabía que su plan era prácticamente infalible—. ¿Y cuál es?

—Está el asunto del caballero, Natalia —respondió Bea—. ¿Dónde exactamente vas a encontrar a un hombre, al que tu padre apruebe, y que esté dispuesto a participar en una farsa tan disparatada como esta?

Esa fue otra excelente pregunta, aunque Natalia no se dejó intimidar.

—Ven —dijo Natalia de repente, demasiado nerviosa para permanecer sentada adentro—. Vamos a dar un paseo por el jardín. Esto me ayudará a pensar.

Capítulo dos

Benjamín Trafford, conde de Staunton, tiró de su corbata, mientras esperaba una audiencia con su tía.

La tía Elizabeth, o mejor dicho, Lady Fortescue, era una mujer formidable, de eso no había duda. Ella era la hermana mayor de su padre y, más importante aún, la viuda de uno de los pares más ricos de la cristiandad. No obstante, el título y las posesiones del condado de Fortescue habían pasado al sobrino de la dama por parte del marido, ya que ella no había engendrado un hijo. Aunque nadie podría despreciar el dinero de ella. Más aún, tras la muerte de su marido, la tía Elizabeth había heredado una fortuna que rivalizaría con la de un país pequeño.

A Benjamín le avergonzaba decir que su tía financió a la familia casi desde su infancia. Incluso el padre de Ben fue un derrochador, que había malgastado el dinero de la familia, antes que Ben dejara de usar pantalones cortos. Por lo que su muerte, ocurrida hacía diez años, había dejado a Ben con un condado en caos, una montaña de deudas y una posibilidad real de prisión por los deudores.

Durante la última década, Ben luchó como un león para mantenerse a flote. Se había negado a aceptar más dinero de su tía, y, en cambio, decidió ser parsimonioso con lo poco que tenía. Sus hermanas estaban bien atendidas, y ambas recibieron una presentación, como correspondía a las hermanas de un conde. Pero él había sido frugal con ello, ya que tenía un personal reducido en Londres, y se negaba a gastar más de lo absolutamente necesario en sus modas.

Afortunadamente, esto había valido la pena. Ambas se encontraban felizmente casadas, y ya no dependían de Ben para su financiación.

Sus dotes casi lo habían dejado paralizado y solo estuvieron disponibles porque había vendido dos pabellones de caza, uno en Escocia y otro en Gales, y había vivido con el alma desde hacía años, manteniendo a su madre y a sus inquilinos lo mejor que podía, dentro de los confines de su dinero, que era limitado, y nunca parecía ser suficiente.

Todo lo que ganaba lo reinvertía en sus propiedades, de modo que al menos estaban en números negros, aunque por estrecho margen. Y no había ninguna posibilidad real que las cosas mejoraran, a menos que consiguiera una afluencia de monedas, lo más rápido posible.

Cuando la tía Elizabeth le envió un mensaje, diciendo que deseaba verlo, Ben pensó que tal vez se tratara de la Providencia, una señal que había llegado el momento de deshacerse de su maldito orgullo y pedirle ayuda a su tía.

Con dinero en las arcas del condado, podría invertir adecuadamente en sus tierras agrícolas, aumentar sus inversiones en diversos negocios y empezar a ganar dinero de verdad. Uno que podría devolver a su tía más pronto que tarde.

Ben tenía un ojo agudo para los negocios y nunca había hecho una mala inversión. Podía cambiar el futuro del título familiar para los próximos años, en apenas seis meses. Sabía que podía hacerlo. Incluso tal vez debería empezar a pensar en su deber de casarse, y tener un heredero.

Pero nada podría estar más lejos de su mente, en este momento. Por una parte, él nunca consideraría siquiera en casarse con alguien y arrastrarla al lío financiero, en el que se encontraba actualmente. Y por la otra, no había una sola dama conocida por la que sintiera siquiera una atracción pasajera.

Se puso de pie agitadamente, y caminó para contemplar la mañana invernal.

A Ben le encantó estar aquí. Había planeado llegar la semana siguiente para las festividades anuales y, por supuesto, se quedaría, dado que su sede en Sunderland estaba muy lejos de Essex, donde vivía su tía.

Esta semana adicional no le molestaba demasiado, aunque tenía curiosidad por saber por qué aquello, fuera lo que fuese, no había podido esperar tan solo siete días.

Un movimiento afuera de la ventana de la sala de estar, donde estaba esperando la llegada de su tía, llamó la atención de Ben, y se movió para mirar hacia los jardines.

Afuera hacía un frío que pelaba, y la escarcha aún se aferraba valientemente a la hierba y a las ramas desnudas de los árboles de hoja caduca. Ben inmediatamente localizó la fuente del movimiento y frunció el ceño.

Su prima Beatrice caminaba a paso rápido entre los parterres de flores, que habían quedado vacíos durante el invierno, y a su lado estaba Lady Natalia Soronsky.

Los ojos de Ben se entrecerraron, mientras observaba a las dos damas.

Bea se mimetizó con el entorno aburrido, ataviada con un grueso abrigo de invierno gris y un gorro negro. Su prima nunca había sido del tipo que llamaba la atención, si podía evitarlo. Y Lady Natalia, pero... ella era un asunto completamente distinto. Esa muchacha no podría pasar desapercibida, aunque lo intentara. No solo pertenecía a la nobleza rusa, y por lo tanto era algo exótica entre las rosas inglesas de la alta sociedad, sino que su belleza era casi intimidante.

Aunque era alta para ser una dama, apenas le llegaba a la barbilla a Ben. No era exactamente esbelta, pero ciertamente lo parecía al lado de su prima, más baja y regordeta. Su cabello era de un negro muy oscuro, casi azul, cuando le daba el sol. Nunca había visto nada igual. Y sus ojos eran como trozos de hielo glacial. Parecía una diosa nórdica, hermosa, fría e intocable.

Sin embargo, mientras él miraba, Natalia vio algo que Beatrice señaló y estalló en un ataque de risas, que él pudo escuchar incluso desde detrás de la ventana cerrada.

¡No había nada frío en su risa! Y no hubo nada gélido en la sorprendente e indeseada reacción de Ben al verla sonreír.

No obstante, él se consolaba sabiendo que, de todas las señoritas jóvenes que había conocido, Lady Natalia Soronsky era la más molestosa. Así que, aunque podía reconocer lo hermosa que era, eso no significaba que le gustaba. Más bien, era todo lo contrario.

Ella solía volver aquí durante los períodos de descanso, después de terminar la escuela, y pasaba largos días de verano, siguiéndolo y exigiéndole que le permitiera participar en lo que fuera que estuviera haciendo. Además, Bea y ella habían estado unidas por la cadera, desde el principio y eran completamente inseparables.

Sin embargo, mientras Bea siempre había estado feliz de dejar a Ben, a su suerte, dado que ya era un hombre joven y, por lo tanto, estaba tan desinteresado en las chicas de doce años, tanto como era posible, Natalia se había aferrado a él, e insistido en probar todo lo que estaba haciendo. Pero él había trazado el límite, cuando la sorprendió, sacando una escopeta del cobertizo de armas para intentar cazar codornices.

La tía Elizabeth había insistido en que Ben pasara al menos una parte de sus vacaciones en Eton y luego en Oxford, tratándolo como el hijo que nunca tuvo.

Y Ben se lo había agradecido, ya que su tía le había demostrado, de una manera que su padre nunca podría haber hecho, cómo ser responsable con el dinero y dirigir un condado con éxito.

La única desgracia era esa señorita paseando con su prima por el jardín.

Antes que Ben pudiera examinar con demasiada atención ese extraño movimiento, que sentía nuevamente, la puerta de la sala de estar se abrió y entró la tía Elizabeth, luciendo imponente y majestuosa con sus faldas color granate.

Ben notó que su vestido era solo uno o dos tonos más oscuros, que el rojo intenso, que Natalia llevaba puesto en ese momento. Y el hecho que se diera cuenta de esto lo molestó.

—Buenos días, tía Elizabeth. —Se acercó a ella, y le dio un cordial beso en la mejilla envejecida—. ¡Qué bien te ves esta mañana!

—Tsk. —La mujer desestimó el cumplido—. Este frío no es bueno para mis huesos.

Ben la acompañó hasta sentarse junto al fuego, que ya crepitaba en la chimenea, y luego ella llamó para pedir el té.

—Aunque no te guste el frío, tía, sé que te encanta esta estación. —Él sonrió—. Dime, ¿a cuántos has invitado a tu baile de Nochebuena, este año? Me parece recordar que nos costó mucho conseguir que vinieran el año pasado.

—¡Tonterías! —respondió la tía Elizabeth con firmeza—. Había mucho espacio, como lo habrá este año. Y este año vamos a recibir a unos invitados bastante exóticos.

—¿Oh?

—En efecto. Acabo de recibir el mensaje de la tía de la chica. Vino esta mañana a una hora bastante inusual... Pero... Natalia estaba desesperada por hablar con Beatrice.

Se escuchó un tímido golpe en la puerta, y llegó una criada con una bandeja plateada de té.

La tía Elizabeth empezó a servir, sin dejar de parlotear.

—La familia de Lady Natalia va a venir a buscarla a su casa y pasarán las Navidades, en casa de nuestros vecinos, así que, por supuesto, están invitados. No solo al baile, sino a todas las actividades que tenemos planeadas para mis invitados.

Ben se quedó sin palabras por un momento.

—¿De vuelta a casa? —preguntó—. ¿Volverá a Rusia?

—Así es —asintió su tía—. Su padre ha decidido que es hora que la muchacha se case, por lo que regresarán a Rusia, en enero. Tiene a algunos caballeros adecuados preparados.

Ben no podría haber dicho por qué la noticia lo hizo sentir inquieto. Tal vez, simplemente estaba acostumbrado a tener a la chiquilla cerca, incluso si las interacciones con ella terminaban inevitablemente en un dolor de cabeza.

—Beatrice la echará de menos —dijo con voz entrecortada, mientras aceptaba el té. No le gustaba esa bebida, pero la bebería obedientemente.

—Terriblemente —suspiró la tía Elizabeth—. Y, sabes, por mucho que me preocupara que la jovencita fuera un poco rebelde, ya que lo es, ella ha sido buena para Beatrice. La ha hecho salir un poco de su caparazón. Cuando se vaya, me preocupa que Beatrice nunca vuelva a salir a la sociedad.

Ben no respondió, mientras su mente tropezaba con la noticia. Sería extraño no tenerla cerca. Aunque esto sería más tranquilo. E infinitamente más pacífico.

—Quizá esto anime a Bea a establecerse —lo dijo en un tono, que esperaba que fuera alentador. No obstante, La verdad era que no creía que eso sucediera. Su prima era tan tímida como un ratón de iglesia.

—Sí, tal vez. Reconozco que me he acostumbrado a Natalia. No será lo mismo aquí sin ella. Sin duda, Natalia alegra el lugar. Estoy segura que quienquiera, que se case con ella, estará contando sus estrellas de la suerte por tener a una dama como ella del brazo. —La tía Elizabeth lo observó con perspicacia, por un momento, antes de volver la mirada hacia su taza.

Entonces, Ben y Lady Fortescue cayeron en un silencio pensativo.

—De todos modos... —La voz de su tía sacó a Ben de sus pensamientos—. No es por eso que te he llamado aquí, por supuesto.

—S-sí, por supuesto. —Ben sacudió la cabeza ligeramente, e intentó concentrarse en el asunto en cuestión.

La tía Elizabeth volvió a dejar la taza y el platillo en la bandeja. Ben hizo lo mismo. Una vaga sensación de aprensión se despertó en su interior.

La tía Elizabeth se puso seria, mucho más de lo que a él le hubiera gustado.

—Benjamín —dijo ella, extendiendo la mano y apretando la de él entre las suyas—. Sabes que siempre me he preocupado mucho por ti. Te he querido, como si fueras mi hijo.

El sentimiento de aprensión de Ben aumentó exponencialmente. Tenía miedo que la querida señora estuviera a punto de decirle que se estaba muriendo, o alguna noticia terrible por el estilo.

—Nunca me sentí más satisfecha, en mi vida, que cuando me di cuenta que no te parecías en nada al holgazán de mi hermano, y que tu padre no había moldeado al hombre, en el que te has convertido.

El presentimiento dio paso a la confusión.

—Te he visto luchar, esforzarte y rescatar a tu familia del borde de la desgracia, y te felicito por ello. Ciertamente, gracias a ti, tanto tu madre, como yo, nos sentimos extraordinariamente orgullosas.

Ben sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

Allí estaba su tía exclamando lo orgullosa que estaba, que él se hubiera valido por sí mismo, y no hacía ni veinte minutos, que había estado considerando pedirle un préstamo. Bueno, no se lo preguntaría ahora. Contra viento y marea, él encontraría su propia salida a sus problemas.

—Pero —continuó la tía Elizabeth—, sé lo difícil que debe ser para ti. Y también sé que eres demasiado orgulloso para pedirme ayuda. —Él casi se rió en voz alta por la ironía, y ella siguió—, y la verdad es que no quiero prestarte dinero.

El corazón de Ben se hundió, pero mantuvo su ecuanimidad.

—Cla-aro, tía —dijo sonriendo, aunque un poco débilmente.

—Dicho esto —continuó Lady Fortescue, como si él no hubiera expresado nada—, aunque hablar de dinero es bastante vulgar, el hecho es que tengo más de lo que puedo disponer. Beatrice seguirá siendo una mujer muy rica. Y tú mi otro benefactor, serás un hombre muy rico.

Ben se quedó paralizado.

Seguramente, no se refería a que él heredaría parte de su fortuna. Nunca había tenido semejante expectativa de la dama.

—Pero...

—Tus hermanas ya están establecidas —prosiguió su tía, ignorando sus balbuceos—, y aunque no fuera así, soy muy sincera para admitir que siempre has sido una de mis favoritos.

—Podría seguir hablando todo el día. —Le soltó la mano y se sentó, mirándolo fijamente—. Pero lo importante es que quiero darte tu fortuna ahora. Bea estará bien cuidada, mientras yo viva, y tendrá una dote obscena, si decide casarse. Cuando yo muera, será una de las mujeres más ricas de la cristiandad. Yendo al asunto de interés, ella no necesita el dinero ahora... Pero, sospecho que tú sí.

A Ben le daba vueltas la cabeza. Jamás se hubiera imaginado que su tía lo llamaría para esto.

—Eres un buen hombre y un gran trabajador, Benjamín. Así que, en lugar de hacerte esperar hasta que me vaya de esta vida, como diría el bardo, te daré tu herencia ahora.

El corazón de Ben casi se le sale del pecho. Él no lo podía creer del todo. Realmente, ¿podrían terminar sus preocupaciones?

—Pero, hay una condición.

Tan rápido como llegó la emoción, la misma se disipó.

—¿Qué es eso, tía Elizabeth? —Por fuera él parecía tranquilo, aunque por dentro era un loco delirante.

—Como te dije, eres un gran trabajador. Demasiado trabajador, en mi opinión. Te estás haciendo mayor, Ben. Y aunque mi hermano era un sinvergüenza, mi padre no lo era. ¡Quiero que su nombre perdure! Y estás tan concentrado en tu trabajo, que nunca te he visto mirar siquiera a una dama, y mucho menos cortejarla.

“¿*Qué diablos es esto?*” Ben se preguntó a sí mismo. No le gustaba ni por un segundo hacia dónde iba su tía.

—En pocas palabras, Benjamín, te daré el dinero. —Su tía hizo una pausa lo suficientemente larga como para infundirle temor—. Cuando anuncies tu compromiso.

Capítulo tres

Natalia caminó pesadamente por el bosque, que bordeaba la propiedad de su tía y la de Lady Fortescue. Sin embargo, ella no podía conseguir paz. Su conversación con Bea no la había ayudado. Lo único que había hecho era ponerla aún más ansiosa.

Extrañaba a su familia, ¡por supuesto que sí!

Durante el primer año, al menos, ella lloraba todos los días, queriendo volver con su madre. Aunque Natalia se había acostumbrado a la vida, aquí, y aprendió a amar Inglaterra.

¿Qué haría ella de vuelta en Rusia? ¿Casarse con un hombre al que apenas conocía porque su padre lo consideraba un buen partido? ¿Pero qué pasaría con lo que Natalia consideraba un buen partido?

Sin duda, su padre la consideraría una niña tonta, una fantasiosa romántica, pero Natalia se negaba rotundamente a casarse con alguien, a quien no amaba.

Un ruido más adelante interrumpió sus deprimentes pensamientos.

“*Hablando de alguien a quien no amo*”, pensó con ironía, mientras la figura de Lord Staunton, a caballo, apareció frente a ella.

Natalia miró a su alrededor, preguntándose si podría escapar, antes que él la viera. Pero, para su exasperación, él se quitó el sombrero y desmontó. Además, la mueca en su rostro demasiado guapo sirvió para irritarla aún más.

¿Por qué tenía que hacer muecas? Ella no era una odiosa y arrogante malvada, que estaba presente, en esa reunión, en particular.

—Buenas tardes, Lady Natalia. —Él hizo una reverencia y Natalia se molestó al notar la forma en que el sol invernal se reflejaba en su cabello claro color arena.

Lord Staunton levantó la mirada, reflejando sus profundos ojos dorados, los cuales eran de un tono un poco más oscuro, que el mechón que caía sobre su frente, mientras la miraba.

—¿Cómo está usted, milord? —Ella también hizo una reverencia porque así lo exigían los modales, no porque quisiera hacerlo.

—Creo que regresará a Rusia, después de las celebraciones estacionales.

Esa fue una afirmación, no una pregunta, pero ella estaba obligada a responder, en cualquier caso.

—Sí, mi familia llegará la próxima semana para las festividades, y luego regresaremos a casa juntos.

“*Eso es lo que mi padre cree*”. Ella lo pensó.

Natalia no recordaba a Lord Staunton haber sido atento con ella, alguna vez, pero hoy él fue demasiado grosero, sin siquiera pretender escuchar su explicación. Incluso esa mirada insoportable se encontraba en otra parte y, a juzgar por su ceño distraído, su mente también lo estaba. Y eso la molestaba mucho a ella, sobre todo porque tenía cosas más importantes que hacer, en vez de perder el tiempo, charlando sin rumbo con ese canalla.

—¿Lo estoy aburriendo, milord? —preguntó ella con una voz ácida.

Él la miró parpadeando, como si estuviera en shock, y de repente, sonrió.

Natalia se horrorizó al sentir un aleteo en su pecho, ante esa expresión.

“*¿Qué diablos cree mi pecho que está haciendo?*”

—De ningún modo, milady —dijo él con encanto.

Ella no “compró” esa actitud ni por un segundo. Él jamás sería maravilloso con ella, a

menos que tuviera un propósito, en su mente.

—Perdóneme —dijo, asintiendo con la cabeza en señal de disculpa—. Me temo que tengo demasiadas cosas en mi mente, justo en este momento.

Inesperadamente, él mostró que estaba preocupado, y Natalia solo pudo imaginar que esa mirada era similar, a la que ella misma tenía, cuando él se encontró con ella.

—Conozco esa sensación —manifestó ella con ironía, antes de poder pensar en detenerse.

—¿Hay algo que la inquieta? —preguntó él.

En particular, Natalia no quería hablar con el lord arrogante sobre su problema. Pero ella se encontró incapaz de mantener el silencio.

—Vuelvo a casa para casarme, según mi padre —dijo, mirándolo.

Natalia siempre había sido alta, pero Lord Staunton todavía la superaba en altura.

—Él ha elegido un puñado de novios adecuados, y yo debo elegir uno.

Lord Staunton hizo una mueca.

—¿Y usted no quiere escoger uno? —preguntó él, extrañado.

Natalia se encogió de hombros con cierta impotencia.

—¡No conozco a ninguno de ellos! —exclamó ella—. Hace ocho años que no voy a Rusia. ¿Cómo se supone que voy a elegir marido, en cuanto llegue?

—Mi más sentido pésame, Lady Natalia... —respondió él con una inusual muestra de amabilidad.

Desde que Natalia usaba faldas cortas, Benjamín Trafford no había sido más que cruel con ella. ¿Por qué ahora actuaba, como si le importara ella?

—Bueno, gracias —replicó Natalia con cierta sequedad—. Pero como hombre, no puede tener ni idea de mi situación —explicó—. A usted no lo obligarán a casarse sin poder decidir en absoluto sobre su propio futuro... y su propia vida...

La risa fue amarga e inesperada. Natalia parpadeó sorprendida.

—Al contrario —dijo él, frunciendo el ceño—. Entiendo más de lo que usted cree.

—¿Oh?

Su mirada dorada se clavó en la de ella, y él la analizó atentamente. Después de un rato, Ben habló:

—¿Usted puede guardar un secreto? —preguntó bruscamente.

—Po-or supuesto —tartamudeó ella.

Esto era demasiado raro. ¡Lord Staunton y ella nunca habían compartido secretos! Este fue otro inusual acontecimiento, en un día completamente extraño.

Él suspiró y sus hombros se veían increíblemente anchos, bajo su superfino color gris carbón. Pero eso era completamente irrelevante, por supuesto.

—Me encuentro en una situación muy atípica, Lady Natalia —dijo él—. Solo el Cielo sabe por qué se lo cuento esto. Pero, ¡así son las cosas!

Natalia estaba demasiado curiosa para sentirse ofendida.

—Parece que necesito encontrarme una prometida —lo confirmó con total naturalidad—. ¡Y rápido!

Natalia solo podía mirarlo fijamente. Seguramente, ¿él estaba bromeando? ¡Ciertamente eso era imposible! Que él necesitara una prometida, justo cuando ella necesitaba un falso compromiso.

—¿Por qué? —espetó ella—. ¿Cómo?

—Es complicado, digamos —respondió él, retorciéndose un poco—. Pero basta con decir que todo mi futuro, y el de todos los inquilinos, a mi cargo, depende que encuentre una mujer

con la que casarme. El problema es, por supuesto, que no tengo ni el tiempo, ni la inclinación para convencer a una mujer que se case conmigo. Y, desde luego, no tengo ningún interés en casarme con nadie.

La mente de Natalia estaba acelerada.

—¿Necesita una esposa? ¿Necesita casarse? —preguntó ella violentamente, consciente que parecía completamente aturdida.

A juzgar por la mirada de alarma de Lord Staunton, probablemente estuvo de acuerdo en que ella sonaba como una loca. Aunque luego él frunció el ceño, y pareció pensativo.

—Ahora que lo menciona —dijo él con cuidado, como si lo estuviera meditando—. Supongo que, técnicamente, no necesito tanto un matrimonio sino un compromiso.

Natalia apenas podía contener su alegría. ¡Ya estaba! La oportunidad perfecta había caído en sus manos. Ella tenía la garganta seca, las palmas de las manos húmedas, y no estaba segura si algún día podría volver a respirar correctamente. No obstante, Natalia reunió toda su valentía, y miró a su némesis de la infancia directamente a los ojos.

—Da la casualidad —comenzó ella—, que tengo la solución perfecta para usted.

Él quedó extrañado, más bien frunció el ceño. Exactamente, como solía hacerlo, cuando eran más jóvenes, y él disfrutaba enormemente al aplastarla, como si ella fuera una mosca molesta.

—¿Y cuál es?

—Usted y yo —habló ella con claridad para que no hubiera confusión—. Vamos a anunciar nuestro compromiso.

Capítulo cuatro

La chica estaba enojada. Ella era apta para el caos. Él lo había sospechado, cuando la atrapó con esa escopeta hacía todos esos años. O cuando la encontró en el techo de una letrina, preparándose para saltar sobre un fardo de heno, porque lo había visto a él hacerlo. Y cuando ella quedó atrapada en ese maldito árbol, y él tuvo que trepar para sacarla, evitando que Beatrice despertara a los muertos con sus maullidos. Al menos, entonces, ella era una niña.

Pero, ¡esto era una locura! Como él nunca antes había experimentado. Y no tenía ni la menor idea qué decirle.

—Yo... usted... ¿qué?

Nunca en su vida, Lord Staunton había recibido tantas sorpresas, como las que lo aturdieron, hoy. Primero, su tía le ofreció resolver todos sus problemas financieros, pero le puso condiciones imposibles, después, esta hermosa pesadilla de su existencia le propuso matrimonio. ¡El mundo se había vuelto completamente loco!

—Usted necesita una prometida —dijo ella, emocionada, y él se negó rotundamente a reconocer lo atractiva, que era cuando sus mejillas se sonrojaban de emoción—. ¿No es así? Eso es lo que usted dijo... Que no necesita estar casado, solamente comprometido.

—Sí, pero...

—Bueno, yo también necesito un prometido. Al menos por ahora. Para Navidad. ¿Usted no lo ve? —Estiró la mano y le agarró el brazo, provocándole un escalofrío de consciencia no deseado, e inapropiado en la estúpida extremidad—. ¡Esto será perfecto! —gritó ella, quitando la mano de su cuerpo, y apretándola contra la otra con entusiasmo.

—Lady Natalia. —Él luchó por encontrar el equilibrio, pellizcándose el puente de la nariz, mientras la cabeza comenzaba a dolerle de la manera habitual, cada vez que ella se encontraba en un radio de cinco millas—. Perdón mis modales, pero, ¿de qué diablos está hablando?

Si su lenguaje la ofendió, ella no dio muestras de ello. Pero al rato suspiró con impaciencia y lo miró como si fuera un idiota. ¡Como si lo que él decía tuviera algún sentido!

—Mi padre quiere casarme —lo dijo despacio y con cuidado, como si estuviera explicando algo muy, muy simple a alguien muy, pero muy estúpido—. Quiere arrastrarme de vuelta a Rusia y entregarme a un completo desconocido.

Ben frunció el ceño, ante la incómoda sensación, que ese discurso evocaba.

Desde que existe la civilización, las mujeres han estado a merced de los deseos de los hombres. Se casaban con quien eligiera su padre y tenían poco que decir al respecto.

A Ben nunca le había resultado cómoda la idea que las mujeres no fueran dueñas de sus propias vidas. Y se sentía aún más incómodo, al escuchar a Lady Natalia describir su propia y triste situación.

—Y yo no quiero ir —confirmó ella. Sus ojos de color azul hielo brillaban de una manera, que haría muy difícil decirle que no, a alguien que fuera susceptible a un par de ojos bonitos. Sin embargo, él ciertamente no era débil en ese aspecto.

—Me gusta mi vida aquí —aclaró ella con nostalgia—. Y quiero poder casarme con alguien, a quien yo elija. ¡Alguien a quien ame!

Ben ignoró el tirón en su corazón.

—Y usted... dijo que necesitaba una prometida, ¿no?

—Sí, claro —logró decirlo—. Pero, ¿no usted!

Natalia entrecerró los ojos, y él se sintió como un canalla. Pero si pensaba que ella lloraría porque él había herido sus sentimientos, o se desmayaría o haría cualquier otra tontería, él estaba muy equivocado. Seguidamente, esa mujer arqueó una ceja desdeñosa y majestuosa, haciéndolo sentir, como si él tuviera una pulgada de altura, y luego continuó, como si él ni siquiera hubiera hablado despectivamente.

—Milord, no tengo más deseos de comprometerme con usted que los que usted tiene conmigo. ¡Créalo! —lo enfatizó de manera un tanto insultante—. Y si usted cree que puede convencer a otra dama para que se comprometa con poca antelación, en pleno invierno, y sin conocerlo bien, entonces, ¡hágalo!

Ben frunció el ceño, pero ella no había terminado, más bien era una pequeña marimacho.

—Y luego, por supuesto, está el pequeño asunto, que en realidad usted no quiere casarse con nadie. —Ella sonrió dulcemente, y se detuvo expectante. Pero él no tenía mucho que decirle—. En lo que a mí respecta, usted necesita una prometida por el bien de sus inquilinos, sea lo que sea lo que eso signifique. Y yo lo necesito a usted hasta que pueda convencer a mi padre, que vuelva a casa sin arrastrarme a casarme con alguien, en quien no tengo ningún interés.

Esa locura debía ser contagiosa, porque Ben estaba empezando a ver el mérito de su alocado plan.

—¿Y qué pasa si no nos casamos? —preguntó él.

Eso la hizo reflexionar ella. Aunque no por mucho tiempo.

—Simplemente, cancelaremos el compromiso —dijo ella alegremente, como si eso no manchara la reputación de ambos.

—Así de fácil, ¿eh? —preguntó él, sardónicamente.

Natalia lo miró con el ceño fruncido.

—Está bien —manifestó ella con voz entrecortada—. Ya nos ocuparemos de eso, cuando surja el asunto.

—Un plan bien ejecutado, entonces... —dijo él, arrastrando las palabras—. ¡Oh, cielos! —Estampó el pie, como si fuera un niño pequeño.

—Usted conseguirá su maldito compromiso, ¿no? —Ella lo juró, sorprendiéndolo profundamente—. Y... y le dirá a quien sea que lo esté sobornando, que yo rompí su pobre y querido corazón. Sentirán demasiada pena por usted, como para incumplir cualquier trato que haya hecho.

Ben frunció el ceño, no solo por ese sarcasmo sino por la descripción de la situación.

—La tía Elizabeth no me está sobornando —aclaró.

No fue hasta que los ojos de ella se abrieron, que él se dio cuenta de lo que había dejado escapar.

—¿Lady Fortescue lo está obligando a casarse? —preguntó con curiosidad—. ¿Por qué?

Ben estaba dispuesto a contarle todo lo demás, incluso mucho más de lo que debía. Y ciertamente, no le importaba si ella tenía o no una buena opinión de él. Entonces, ¿por qué la idea de compartir la vergüenza de tener los bolsillos vacíos era un anatema para él? No obstante, hubiera preferido caminar sobre las brasas, antes que admitir su vergonzoso secreto, ante esta marimacho. Por razones, que a él no le interesaba reflexionar, detestaba que ella pensara que él era un fracasado.

—Es complicado, como ya le he dicho —respondió él con voz débil—. No se trata tanto de un soborno, es como una preocupación fuera de lugar.

Ella lo miró con el ceño fruncido, pero luego se encogió de hombros, mostrando que

claramente ya no estaba muy interesada en su situación.

—Eso hace que las cosas sean aún más fáciles —dijo ella, triunfalmente—. Su tía lo adora, quién sabe por qué, y nunca lo castigaría, si alguien le rompa el corazón.

Natalia sonrió victoriosamente, sintiendo claramente como si todo fuera un hecho consumado. Él ignoró en su aparente incredulidad, que su tía lo amaba, y se negaba a reconocerlo.

—¿Y usted? —insistió él—. ¿Qué haría con su reputación hecha trizas?

Ella se mordió el labio regordete y rosado, ante esa pregunta. Esa fue otra cosa que él ignoró. O intentó ignorar.

—La reputación de las damas no se recupera de estas cosas, Lady Natalia, como usted lo sabe bien. Además —continuó él, en voz alta, cuando parecía que ella iba a discutir. Tal vez, ella discutiría con un maldito árbol—, una vez que su padre se entere del fin del compromiso, volverá directamente a Inglaterra para arrastrarla de nuevo.

Ella ya estaba sacudiendo la cabeza. Sus rizos negros rebotaban bajo el sombrero de terciopelo. Era azul marino, adornado con bayas de acebo, en un guiño a la temporada, como lo supuso. Luego solo pudo sorprenderse a sí misma por haber notado tal cosa.

—Sí, pero si le digo a mi padre que usted me rompió el corazón, no me obligará a casarme con alguien. ¡Me dará tiempo para lamentar mi pérdida! Esto es perfectamente creíble. —Hizo una pausa y lo examinó con una mirada crítica—. Siempre y cuando no actúe como usted mismo delante de él.

Ben soltó una maldición en voz baja. Ella era la mocosa más insultante e irritante, que jamás había conocido. Pero tuvo que admitir, aunque a regañadientes, que su propuesta, por loca que fuera, podría potencialmente resolver todos sus problemas.

El problema con la condición de la tía Elizabeth era que significaba atarse a una mujer, que no amaba por el resto de su vida.

Posiblemente, él podría esperar hasta el comienzo de la próxima temporada, enamorarse milagrosamente de una de las muchas debutantes, que desfilaban por Londres, cada año, luego anunciar el compromiso, y recibir sus fondos. Sin embargo, otros seis meses de espera significaban otros seis meses de incertidumbre e inestabilidad financiera.

Si recibiera el dinero ahora, podría tener sus propiedades y negocios no solo en números negros, sino también prosperando positivamente, en ese mismo lapso de tiempo. Además, a su manera, él no conseguiría tener una esposa para siempre.

Aunque no estaba seguro de poder ser cortés con la muchacha, durante las tres semanas que faltaban para que su familia regresara a Rusia, y estaba totalmente convencido que ella no podría ser educada con él. Sus opciones eran limitadas. Al igual que las de ella.

Y por razones que él ni siquiera podía empezar a comprender, quería ayudarla para que no la arrastraran a Rusia ni la casaran, y así ninguno de ellos nunca más la volvería a ver. No obstante, ella era condenadamente difícil. Sus pensamientos, que circulaban, una y otra vez, fueron interrumpidos por un suspiro impaciente.

Ben miró y vio que esas botas de cuero negro golpeaban incesantemente contra el suelo helado.

—Mi padre llegará dentro de una semana, Lord Staunton. ¿Cree que podrá sacar adelante mi idea, y encontrar una respuesta, antes de esa fecha? —preguntó ella con la voz impregnada de ácido empalagoso—. Entiendo que puede tener problemas con los matices.

—Lo único que me preocupa es la idea de soportarla a usted durante tres semanas, Lady Natalia —replicó él con brusquedad, ganándose una mirada de desaprobación.

—Pero —continuó, dividido entre pensar que todos sus problemas estaban a punto de resolverse y considerar que estaban a punto de volverse infinitamente peores—, en cuanto a su idea...

Ben hizo una pausa y la observó, mientras contenía la respiración y sus ojos gélidos se abrían con anticipación.

"¡Que el Cielo nos ayude a ambos!" Lo pensó antes de decidir su suerte.

—Estamos juntos en esto.

Capítulo cinco

“*Realmente, ¿qué tan malo podrá ser esto?*” Natalia miró su reflejo, en el espejo, preguntándose si había perdido completamente el juicio.

¿De verdad se había atrevido a pedirle al odioso Lord Staunton, que se comprometiera con ella? ¿O al menos que fingiera hacerlo?

Esto había sido más que un poco humillante, reflexionó, prácticamente le rogó a ese hombre. Y el horror, tanto en su voz como en su expresión, dejaba mucho que desear, en lo que a ella respectaba.

Pero el arreglo fue realizado. Ellos estuvieron de acuerdo y se dieron la mano.

Por supuesto, ella todavía tenía tiempo para cambiar de opinión. Su familia no llegaría hasta dentro de una semana.

Lord Staunton había sugerido que discutieran los detalles de inmediato, pero se acercaba la hora de la cena, y Natalia necesitaba regresar a casa. Incluso la tía Mary creía que la puntualidad era lo más importante, en la vida.

Ahora, ella estaba de pie, frente a su reflejo, con un vestido de noche de satén rosado, preguntándose si debería saltarse la cena por completo y, en su lugar, marcharse a Bedlam. Puede que la encerraran, pero al menos podría seguir siendo soltera.

El reloj dio la hora y Natalia se dirigió rápidamente hacia el salón.

Había acordado reunirse con Lord Staunton, mañana por la mañana, para que pudieran discutir cómo llevar a cabo lo que ahora parecía un plan demasiado tonto.

Y no era probable que ella cambiara de opinión.

Un prometido era una forma segura de lograr que su padre olvidara su plan de casarla con un extraño. Natalia estaba segura de eso. Sin embargo, le intrigaban las razones de Lady Fortescue para sobornar a su sobrino y obligarlo a casarse, porque, dijera lo que él dijera, ¡esto era un soborno! El hecho era que la dama quería que Lord Staunton se comprometiera, y Lord Staunton, por razones desconocidas, necesitaba cumplir con ella.

Natalia bajó corriendo las escaleras. La mente todavía le daba vueltas.

No obstante, ella debía fingir que estaba comprometida con esa criatura, y en realidad no sabía cómo simular tal cosa. Natalia nunca había estado enamorada. Ni siquiera había estado cerca de comprometerse...

Durante los dos últimos años, la tía Mary la había llevado a Londres para la temporada. Natalia bailó, coqueteó, permitió que los caballeros la acompañaran al teatro y la llevaran a pasear en coche por Hyde Park. Pero ninguno de ellos había captado su atención más que fugazmente.

“*¿Cómo hay que comportarse al estar comprometida? ¿Y enamorada?*”

Se imaginaba que al menos debería querer estar en la misma habitación, con su prometido, sin querer fastidiarlo. Eso iba a requerir algo de esfuerzo.

Natalia entró en el salón, un poco sin aliento, y estuvo cerca de llegar tarde.

Sus primos habían vuelto a casa para pasar la temporada navideña, acompañados de sus esposas e hijos. Sin duda, este era un hogar alegre, mucho más animado que de costumbre.

En circunstancias normales, Natalia habría estado en el centro de todo: jugando con los niños, cantando ceca del pianoforte, hablando de política y de nuevos métodos agrícolas con sus primos (aunque a la tía Mary le parecía vulgar que una dama hablara de estos temas), y el interés

de Natalia por estos asuntos era deplorable. Para apaciguar a su tía, también podría hablar alegremente de las últimas modas parisinas con sus primos políticos.

Pero esa noche su mente estaba cinco millas al oeste, concentrada en un hombre enorme y patán, a quien había confiado su futuro inmediato.

“Bueno”, se dijo a sí misma con firmeza, *“no hay nada que hacer más que seguir adelante y sacar el máximo partido de una mala situación. Después de todo...”*, reflexionó, mientras fingía escuchar los villancicos del pianoforte, *“ambos somos adultos y vamos a ganar con esto. Lo mejor para nosotros es llevarnos bien. Tendremos que ser civilizados”*.

—Usted está pisándome el pie, ¡qué tonto!

Ben miró al cielo y se preguntó en voz alta, qué había podido hacer para acabar en esa situación con esa maldita molestia.

—Usted fue me dijo, que me metiera en este ridículo lugar. —Él se mordió el labio.

—Cállate —susurró Natalia, lo cual fue un comentario sutil, considerando que ella había empezado.

Después de haber pasado toda la noche anterior y el corto viaje hasta aquí, esta mañana, diciéndose a sí mismo que esto era una buena idea, Ben estaba olvidando rápidamente las razones por las que había aceptado este plan alocado. Y cuanto más tiempo pasaba con la poco agradable compañía de la reina de hielo, más ganas tenía de marcharse.

El plan había sido que se encontraran en el río, que bordeaba ambas propiedades, pero como había empezado a nevar copiosamente, al amanecer, Ben había actuado estúpidamente, como un caballero, e insistió en que Natalia se quedara adentro.

Ahora, menos de diez minutos después de su reunión clandestina, detrás de las pesadas cortinas de una pequeña sala de estar que, según ella, la familia nunca usaba, Ben estaba empezando a desear haberla dejado afuera en la maldita nieve.

—Si nos pillan solos, no nos libraremos de un falso compromiso, ¡idiota! —siseó ella, mirándolo fijamente.

Ben abrió la boca para responderle con la misma dureza, pero en ese momento, el bajo sol de invierno se liberó de repente de las nubes de nieve y brilló directamente sobre Natalia, que estaba parada en las puertas francesas.

Por razones que escapaban a su comprensión, la visión de la luz del sol, iluminando su cabello, haciéndolo resplandecer como un halo brillante, destellando en el azul increíblemente claro de sus ojos, lo dejó mudo.

Él solo podía mirarla fijamente como el idiota del que ella lo acusaba de ser. Ben no pudo entender su reacción. Su garganta estaba repentinamente seca, y el golpe de su deseo casi lo derriba. ¡Esa era Natalia Soronsky! Quien había sido una espina en su costado, durante ocho largos años, aunque estos fueron hermosos.

Y no podía decir que se sentía atraído por su maravillosa personalidad. Incluso ahora ella lo miraba con el ceño fruncido, mientras él permanecía allí, mudo e idiota.

—Por todos los cielos, ¿qué le pasa? —Ella sacudió la cabeza y un rizo rebelde le cayó sobre la mejilla.

“Una excelente pregunta”, pensó Ben.

Aún así, él permaneció en silencio.

Natalia resopló con impaciencia. Su vestido verde se tensó lo suficiente con la acción, como para provocarle una apoplejía.

—No tengo tiempo para que su mente se ponga al día con la mía, Lord Staunton. En cualquier caso, haría falta un milagro.

“¡Maldita sea! Ella es una víbora”.

—Permítame repetir la pregunta que parece haber hecho mella en ese pobre y sobreutilizado cerebro suyo.

Ben estaba demasiado distraído por ese mechón de pelo, en su mejilla, como para sentirse tan ofendido por su comentario, como debería estar.

—¿Cómo debemos comportarnos el uno con la otra? ¿Cómo debemos comportarnos, como si estuviéramos comprometidos? ¿Como si estuviéramos enamorados?

Probablemente, esto fue la cosa más idiota que Ben había hecho o haría jamás. Pero no pudo evitarlo. Sin ningún pensamiento consciente real, extendió la mano y le apartó el cabello de la mejilla, hipnotizado por el repentino rubor escarlata, que tiñó la piel suave y satinada.

—Creo —comenzó, con la voz ronca por el deseo, que latía en sus venas—, que este es probablemente un buen lugar para empezar.

Y cerrando la distancia entre ellos, él capturó su boca, en un magnífico beso, ardiente y explosivo.

Capítulo seis

En un breve momento, Natalia se preguntó por las acciones de Ben, y también por algo extraño, que se desplegó dentro de ella, cuando esa mano tocó su mejilla, antes que esos labios se presionaran repentinamente contra los de ella.

“¡Oh, cielos!” Ella pensó, “¡Benjamín Trafford me está besando!”

Y eso fue todo en lo que respecta al pensamiento coherente.

Ella abrió la boca, no sabía si para protestar o animarlo, pero él aprovechó la acción y profundizó el beso, extendiendo los brazos para acercarla más, y presionar su cuerpo contra el suyo.

La conmoción, la incredulidad y todas las demás emociones, que Natalia había estado sintiendo, fueron rápidamente reemplazadas por deseos ardientes y potentes.

En algún lugar de sus pensamientos confusos, ella sabía que esto no debería estar sucediendo, pero, por la bondad, la lógica no tenía cabida en esto ni poseía poder sobre las apasionadas sensaciones, que él estaba despertando, en ella, haciendo que sus rodillas se doblaran y sus manos agarraran su abrigo de montar para sujetarse.

Los besos continuaron y continuaron. Esa lengua estaba hurgando en su boca, esas manos seguían vagando por su cuerpo, prendiéndole fuego a donde quiera que fueran.

Sintió que se clavaban en su cabello, aflojando sus horquillas, y haciendo que su pelo cayera por su espalda.

Aún así, ella no podía detenerlo. Tampoco quería hacerlo.

¡Este era Benjamín Trafford! Su némesis de la infancia. El canalla odioso, arrogante y esnob, al que ella detestaba absoluta y categóricamente.

Entonces, ¿cómo él estaba despertando, en ella, un sentimiento distinto a todo lo que había conocido? ¿Cómo la hacía sentir así, como si todo su cuerpo estuviera en llamas?

La cabeza de Natalia daba vueltas, y sospechaba que no pasaría mucho tiempo, antes que se quedara sin aire por completo, pero prefería dejar de respirar, en vez de dejar de besarlo.

Sin embargo, de repente, la decisión no fue tomada por ella. Ben apartó su boca de la de Natalia, quien se sintió completamente impotente, mientras permanecía allí mirándolo. Su respiración era tan agitada como la de él parecía serlo.

Como nunca se había quedado sin palabras en su vida, Natalia se encontró incapaz de pensar en una sola cosa que decir. Pero cuando su ritmo cardíaco finalmente comenzó a disminuir, recuperó un mínimo de sentido.

Ella había besado a Ben Trafford. Lo había besado. ¡Pero esto no sirvió de nada! Lo último que Natalia necesitaba era perder el foco. Había apostado demasiado en su plan. ¡No podía permitirse hacer algo tan tonto, como desarrollar sentimientos por su falso prometido!

—No era exactamente lo que tenía en mente —dijo ella con toda la rigidez que pudo. Pero pensó que el temblor, en su voz, arruinó un poco el efecto que quería transmitirle.

Ben sonrió torcidamente, y Natalia se alarmó de lo atractivo que esto le pareció.

—¿No lo fue, eh?

“No está permitido encontrarlo encantador”, Natalia se reprendió a sí misma con firmeza. Su repentino y oscuro juramento fue más un reflejo de sus sentimientos actuales que de esa pregunta alegre.

—Tampoco fue exactamente lo que tenía en mente —dijo él con pesar.

—Bueno, ¡usted empezó! —espetó Natalia.

Ahora que su mente dejó de dar vueltas y su interior se calmó, ella empezaba a sentirse profundamente avergonzada. Al observarlo, Ben exhaló un suspiro tembloroso.

—Sí... Sí lo hice.

Se quedaron mirándose fijamente, durante un rato, y Natalia no podía pensar en qué decir para romper la tensión.

—Entonces, ¿qué tenía usted en mente? —preguntó Ben, y Natalia sintió una oleada de gratitud porque él estaba llevando la conversación a un terreno menos peligroso.

Más tarde, habría tiempo suficiente para obsesionarse con lo que acababa de suceder. No obstante, faltaba solo una semana para que llegara su familia, y aún tenían que centrarse en la tarea que ambos tenían por delante.

—Deberíamos conocernos... Conocernos de verdad —sugirió ella, dando un paso atrás, alejándose del aroma a sándalo, que de repente era tan tentador, y del pecho, que ahora sabía que era sólido, como una roca, y de los hombros, que eran anchos y fuertes.

La sonrisa de respuesta fue absolutamente lobuna.

—¿Cuál es su color favorito? —Ella se le adelantó, por si él decía algo coqueto. No creía que su pobre corazón pudiera soportar más insinuaciones por parte de él.

Él continuó mirándola fijamente, sosteniendo su mirada con la suya, la cual era hipnotizante y dorada. Finalmente, él respondió:

—Azul.

Lo cierto era que Ben nunca había tenido un color favorito hasta ese momento. No era algo en lo que normalmente pensaba. Pero mirarla a los ojos, como un cachorro deslumbrado, cambió las cosas. Ahora no podía pensar en un solo color, que le gustara más, que un azul gélido y hermoso.

Él observó, hipnotizado, como un rubor favorecedor teñía sus mejillas.

Quizás ella prefería el rosado.

Los pensamientos de Ben eran tan incoherentes, como esperaba, después de haber besado a Natalia Soronsky hasta dejarla sin aliento. Más tarde él se regañaría sí mismo, y se preguntaría por la estupidez y locura de sus acciones.

Aunque en ese momento, él no podía concentrarse en nada más que en ese sabor, tacto y belleza.

—¿Está escuchando?

Esa mordaz pregunta de ella atravesó la neblina de deseo y desconcierto, en la que él se había estado ahogando, por lo que frunció el ceño, ante su mirada gélida, sintiéndose más que un poco insultado porque ella no parecía afectada por su beso, mientras él sentía que toda la Tierra había cambiado.

—Por supuesto que la escucho —mintió él, suavemente.

—Entonces, ¿cuál es mi color favorito? —preguntó ella, poniendo las manos en las caderas, y levantando esa ceja desdeñosa que lo volvía loco.

“¡Maldita sea!”

—Eh... ¿verde?

Esa fue una suposición tan acertada como cualquier otra. Además, hoy ella llevaba un vestido de color salvia claro y estaba deslumbrante, así que le debía gustar el color verde, ya que le sentaba muy bien.

Los ojos entrecerrados de ella eran un buen indicio, que él se había equivocado.

Ben no podía imaginar qué le había sucedido de repente, pero dio un paso adelante hasta que solo unas pulgadas los separaron, deleitándose con la agitación de esa respiración, e intoxicado por ese aroma femenino.

—¿Cuál es entonces? —preguntó él.

Ella lo miró fijamente a los ojos con una intensidad, que lo afectó más de lo que le gustaba, y se encontró conteniendo la respiración. Finalmente, Natalia habló:

—Oro —susurró ella con voz entrecortada.

“¿Y entonces qué puedo hacer? ¿Debo besarla otra vez?”

Capítulo siete

—¿Su hermana Harriet tiene dos hijas: Althea y Jemima?

—¡Correcto! Y sus hermanos menores, Petr y Andrei, llegarán con sus padres, la semana que viene.

—Exactamente.

Natalia se quedó en un silencio incómodo. Sus ojos estaban recorriendo el suelo helado, que se extendía ante ella, concentrándose en cualquier lugar menos en el hombre, que estaba a su lado.

La tía Mary la había considerado como loca, esa mañana, cuando ella entró en el comedor con su traje de montar azul marino.

—Natalia —jadeó su tía, dejando caer el trozo de huevo en el tenedor—. No puedes tener intención de montar hoy. ¡Te congelarás!

Natalia le quitó importancia a las preocupaciones de su tía, asegurándole a la señora mayor, que lo haría. No obstante, al quedarse parada afuera, empezó a sentir el frío filtrándose hasta sus huesos.

Le había parecido una buena idea, cuando sugirió que Lord Staunton y ella se reunieran lejos de miradas indiscretas, en esa mañana. Aunque una parte de ella estaba inusualmente nerviosa, dado lo que había sucedido la última vez, que estuvieron solos, y el sentido y la lógica dictaban que no los vieran solos durante estas reuniones secretas. Pero, por supuesto, ser vistos juntos, en las reuniones formales, daría credibilidad a su afirmación, que estaban comprometidos.

Sin embargo, si Su Señoría la besaba de nuevo y los pillaban haciéndolo, no habría nada falso en su compromiso y estarían unidos para siempre. Natalia se horrorizó al darse cuenta que la idea no le resultaba tan repulsiva, como lo había sido hacía apenas dos días.

Paradójicamente, dos días atrás, ella había despreciado felizmente al conde alto y de hombros anchos, que la miraba con el ceño fruncido. Ahora ni siquiera podía sostener su mirada, por más de dos segundos, sin recordar cómo se sentía estar encerrada, en sus brazos, con su boca a merced de la de él.

Su corazón dio un vuelco al recordar su abrazo, y rápidamente se apartó de él para contemplar la gélida vista, debajo de su actual punto de observación, en una colina entre ambas propiedades.

“¡Esto no puede ser! No puedo seguir besándolo, una y otra vez”.

Por un lado, esto no le permitía a ella dormir y, por el otro, era demasiado peligroso. Estaba segura que el encuentro no había significado prácticamente nada para un caballero de mundo, como Benjamín Trafford. Sin duda, él tuvo algún motivo malicioso para hacerlo en primer lugar. Y, por supuesto, a estas alturas, ya él se habría olvidado por completo de ello.

Pero Natalia... bueno, Natalia nunca había sido besada, antes de ese momento. Y si fuera dada a los vuelos de la imaginación, bien podría haber imaginado, que esto había significado algo muy especial.

Sin que nadie lo supiera, el recuerdo de aquel beso volvió a pasar por su mente y Natalia se estremeció, no de frío, que ya no era un problema, dados sus acalorados pensamientos, sino de un deseo imposible de reprimir.

—Usted se está congelando.

La voz de Lord Staunton sonó en su oído, y su aliento le hacía cosquillas, en el cuello,

desde donde estaba, a solo unas pocas pulgadas de su espalda.

—E-eestoy bien —argumentó ella, negándose a voltear y mirarlo.

Él guardó silencio, misericordiosamente, mientras Natalia se daba a sí misma una reprimenda extremadamente severa.

"Él es solo un hombre. Un hombre molesto", se dijo a sí misma. "Y no harás nada ridículo, como empezar a preocuparte por él. Solo estarás comprometida. No enamorada".

Sintiéndose un poco mejor y más preparada para lidiar con la confusa vorágine de sus emociones, respiró profundamente para tranquilizarse, y se preparó para dar la vuelta y enfrentarlo. Pero antes de poder moverse, de repente se vio envuelta en un material pesado y cálido, que olía a sándalo y a Lord Staunton.

Un deseo rápido y potente lamió sus venas, mientras inhalaba el aroma, giró para mirarlo con asombro. Una vez más, sus emociones amenazaban con abrumarla.

Más aún, una ternura aterradora la invadió, cuando Lord Staunton extendió la mano y arregló el cuello del gran abrigo, que acababa de colocar sobre sus hombros.

Él se quejó del material, antes de finalmente levantar la vista y fijar su rostro en ella, clavándole una mirada dorada, lo suficientemente caliente como para derretir el suelo, en el que estaban parados.

Después de un tiempo, él habló:

—¿Cómo lo hace? —preguntó con voz ronca.

—¿H-aacer qué? —logró balbucear Natalia.

Esa sonrisa era absolutamente perversa, mientras la recorría a ella con la mirada.

—Parece que le da gusto comérselo —respondió él—. Incluso ahogándome en mi abrigo.

"Es mejor que cada vez me controle a mí mismo. ¡Debo hacerlo!". Ben había pasado los últimos dos días diciéndose, a sí mismo, una y otra vez, que había sido un grave error besar a Natalia Soronsky. "¡Es una tontería dejarse encantar por sus rizos negros, como el azabache... por sus ojos increíblemente azules y su humor mordaz y perverso!"

Pero la imagen de ella, vistiendo su abrigo, fue una prueba a su determinación, que él nunca pudo haber imaginado. Más allá de la repentina y visceral atracción, que había sentido por ella, la cual había descubierto hacía apenas unos días, este sentimiento era más profundo, tierno e infinitamente más confuso. Se sentía protector con ella, como si quisiera luchar contra todos sus demonios, y mantenerla siempre a salvo.

"¡Esto es ridículo! ¡Y demasiado aterrador!"

Por mucho que quisiera cerrar la distancia entre ellos y besarla nuevamente, Ben hizo un esfuerzo hercúleo para alejarse de Natalia.

—Creo que hemos aprendido lo suficiente, el uno de la otra, como para llevar esto adelante —dijo él, esforzándose por sonar tranquilo y sereno.

—S-sí, supongo que sí —respondió ella.

Un viento helado mordió la piel de Ben, y de repente se sintió preocupado por tener a Natalia afuera, en ese frío, durante tanto tiempo.

—Venga, volvamos, antes que haga aún más frío —lo manifestó en voz baja.

Observó cómo los ojos de Natalia se agrandaban, y ella estiraba la mano para quitarse el gran abrigo de los hombros.

—Lléveselo de vuelta —dijo ella—. Se congelará sin él, milord.

Ben extendió la mano y colocó sus manos sobre esos hombros, deteniendo los intentos de

quitarse la prenda.

—Estoy bien —le aseguró—. Y preferiría que usted lo tuviera.

Ella se sonrojó levemente, y asintió con la cabeza, en señal de consentimiento.

—Eso de milord no funcionará, ¿usted sabe? —Mantuvo un tono conversacional, aunque en su interior se agitaban emociones confusas—. Si vamos a comprometernos, ¿no debería llamarme Ben?

Él observó fascinado cómo su rubor se profundizaba.

—Muy bien —dijo ella, en voz baja—. Ben... Entonces usted debería llamarme Talia.

Él asintió, sin atreverse a hablar. Escuchar su nombre en los labios de ella le provocó un extraño malestar en el corazón.

—Venga —dijo ella bruscamente con un tono mucho más severo que el habitual—. Si nos quedamos aquí, mucho más tiempo, nos congelaremos... Volvamos a casa de su tía. Le di a Bea la receta de un té ruso, que usted puede probar.

Ben no pudo contener su mueca, ante la mención del té, y Natalia se rió suavemente, mientras él la acompañaba hasta su montura, y la ayudaba a subir.

—No se preocupe. —Ella bromeó—. No es tan malo como se imagina. Y es la forma más rápida que se me ocurre para calentarse.

Ben casi gimió en voz alta, mientras subía a su semental, y seguía al caballo castrado de Natalia por la ladera hacia la casa de la tía Elizabeth.

Él podía pensar en formas más rápidas y mucho más placenteras para que ambos se calentaran. Pero estas eran maneras, en las que realmente no debería estar pensando en absoluto.

Capítulo ocho

—¿Estás seguro que te sientes bien, Ben? Nunca te había visto tan inquieto.

Ben le sonrió a su prima más joven, intentando desesperadamente parecer tranquilo por fuera, cuando reamente en su interior no era así.

Ese fue el primer día de la verdadera ejecución del plan. Por primera vez, conocería a la familia de Natalia.

—Te lo dije, estoy bien. ¿Por qué no debería estarlo?

—No lo sé —respondió Beatrice con indiferencia—. ¿Quizás porque estás a punto de conocer a la familia de Talia, y mentirles a ellos, y a todos los demás sobre tu deseo de casarte con ella?

La sonrisa de Ben se transformó en un ceño fruncido. Odiaba oír la censura, en el tono de su prima. Ella siempre lo había admirado, como lo habían hecho sus hermanas. Y le dolía profundamente, que ese plan alocado significara que ella lo hubiera menospreciado.

—Fue idea de Natalia —lo justificó débilmente, sabiendo que sonaba como un niño petulante.

Bea suspiró, y dio la vuelta para mirarlo completamente.

—Por supuesto que fue idea de ella... Fue de Talia —dijo con la exasperación, que la bella Lady Natalia podría provocar en una persona—. Pero debiste haberlo pensado mejor, Ben.

Él sintió que le empezaba a doler la cabeza. Parecía que solo bastaba con que le hablaran de esa chica para que le doliera la cabeza, así ella no estuviera presente.

Aunque le resultó impactante pasar esta semana, en su compañía. Incluso esto había sido mucho más placentero de lo que imaginó. Quizás esto se debió simplemente a que sabía que ella se ve muy bien. Además, Ben tuvo que hacer un esfuerzo para no gemir, en voz alta, mientras recordaba por milésima vez cómo era besar a Natalia Soronsky.

—¿No quieres que tu amiga se quede en Inglaterra? —preguntó él, sacando su mente del atolladero, y volviendo a la conversación, o más bien a la conferencia, que tenía entre sus manos.

—Obviamente, quiero que se quede. —Beatrice puso los ojos en blanco—. Es la única razón por la que acepté guardar tu sucio secretito.

—Creo que es justo señalar que no te conté nada sobre nuestro “pequeño secreto”, Bea, así como tampoco se me ocurrió a mí, en primer lugar.

—Bueno, alguien tiene que darle credibilidad a tu buena noticia —replicó ella con sarcasmo—. Y, como soy la mejor amiga de Natalia, tiene sentido que yo lo sepa.

Un repentino alboroto, en la puerta, atrajo la atención de Ben y Beatrice hacia el frente del salón, y allí estaba Natalia, luciendo increíblemente hermosa, en seda azul hielo, el color exacto de sus preciosos ojos.

Ben dejó que sus ojos viajaran lentamente por cada parte de ella hasta que finalmente llegó a su rostro, y vio un toque de rosado, manchando esas mejillas.

No obstante, antes que pudiera reaccionar a esa señal reveladora, su atención fue captada por un hombre, que era lo más cercano a un gigante, tanto en fortaleza como en estatura, a quien Ben jamás había visto. El hombre miraba fijamente a Ben con ojos del mismo tono que los de Natalia. Estos lo perforaban.

—¡Cielos! —susurró Bea sin darle ninguna ayuda—. Parece que has conseguido molestar a su padre, y aún no has dicho ni una palabra.

—Sí, puedo verlo, gracias —respondió él, bruscamente.

Mientras Ben observaba, el conde Soronsky inclinó la cabeza para hablar con Natalia. Ella, que nunca había sido sumisa en su vida, asintió con sumisión.

Después de un momento o dos, toda la familia Soronsky, junto con Lady Mulberry, la tía de Natalia, se dirigieron hacia donde él estaba con Beatrice.

—Yo empezaría a rezar, Ben —susurró Beatrice, abriendo mucho sus ojos color avellana, mientras el ejército de rusos marchaba hacia ellos.

—¿Por qué? —murmuró, intentando, sin éxito, sonar indiferente.

—Porque como bien sabes, Natalia es una tiradora de primera.

Ben frunció el ceño confundido, antes de volver a hablar con una sonrisa muy inapropiada.

—Y ella heredó el talento de su padre.

Natalia resistió el impulso de moverse nerviosamente, mientras se dirigía hacia donde estaba Ben. Tal vez se había excedido un poco al hablar efusivamente del conde, ante su padre. Anteriormente, Ben y ella habían discutido lo que harían: pasar esta fiesta en casa “enamorándose lentamente” frente a sus respectivas familias, y luego anunciar su compromiso.

Sin embargo, Natalia había insistido en informarle a Beatrice. Por una parte, Natalia dijo que Beatrice podría ayudarlos a hacer que toda la farsa fuera creíble. Y por la otra, Talia nunca le ocultó nada a Bea. Pero cuando Ben le reclamó a Natalia, que ella no le había contado a Bea sobre sus besos, Natalia dejó de hablarle a él.

Era ese tipo de comportamiento odioso lo que la hacía despreciar a ese hombre. A pesar de los besos y los extraños deseos, él seguía siendo una espina en su costado. Aunque, de todos modos, ella había hablado efusivamente de él, y ahora su padre estaba ansioso por conocer al hombre.

La desaprobación del padre de Natalia se manifestaba en oleadas, y ahora a Natalia le preocupaba que su plan no funcionara después de todo, ya que se había convencido que un compromiso con un conde apaciguaría a su padre lo suficiente, como para que abandonara el plan de arrastrarla de regreso a Rusia para casarse con un extraño.

“Pero, ¿qué pasa si él todavía insiste en que yo me vaya?”

Lo primero que él le dijo al llegar a casa de la tía Mary fue que había encontrado dos príncipes y un conde para que ella pudiera elegir. Así mismo, no hubo ningún reencuentro emocional, después de ocho años separados. Ninguna declaración de amor o afecto. Solo una lista de hombres a los que ella podría encadenarse.

El baile de Nochebuena se celebraría en dos semanas, donde Ben y Natalia habían planeado hacer su anuncio oficial.

Eso significaba que Ben tenía dos semanas para convencer a su padre. Y como no había logrado conquistarla a ella, en ocho años, Natalia tenía dudas sobre sus capacidades.

“Pero eso no es del todo cierto”, susurró una voz irritante, en su cabeza. *“Te ha encantado más que un poco, en esta última semana”.*

Ella decidió ignorar esa voz.

Natalia y su familia se detuvieron ante Ben y Beatrice, y Natalia no pudo evitar notar lo guapo, que se veía el joven conde, a la luz parpadeante de las velas. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo inusualmente hermosos que eran sus ojos? Probablemente porque casi siempre entrecerraba los suyos con desaprobación, cuando él la miraba.

—Mamá, papá, ¿puedo presentarles a Lady Beatrice Trafford, la hija de nuestra anfitriona? ... Beatrice, mis padres, el conde y la condesa Soronsky, y mis hermanos, Petr y Andrei.

Beatrice, los padres y hermanos de Talia hicieron todos los ruidos apropiados, haciendo saludos y reverencias, tal como debían.

—¿Puedo presentarles a mi primo, el conde de Staunton?

Natalia observó nerviosamente como Ben estaba conociendo a sus padres y hermanos.

Para su sorpresa, en cuestión de momentos, su madre estaba sonrojada y radiante, los gemelos sonreían de oreja a oreja, e incluso su padre terminó la breve conversación con una palmada amistosa, en la espalda de Ben.

Sonó la campana para la cena y su familia se dispersó, dejando a Ben, extendiendo un brazo hacia ella, con una sonrisa de satisfacción, en su rostro.

—¿Usted vio eso? —susurró.

—Sí, lo hice —respondió ella.

—Soy todo un encanto, ¿no? —preguntó, arrogantemente.

Natalia le dirigió una sonrisa empalagosa.

—En efecto, así fue, milord.

Llegaron al comedor y Ben sacó la silla de Natalia, esperando hasta que ella estuviera sentada, antes de tomar su propio asiento.

—Lo admito, usted me impresionó —continuó ella—, teniendo en cuenta que tiene tan poca práctica en los buenos modales.

Ben profirió una maldición ahogada, en voz baja.

—Muchacha —susurró, y Natalia se encontró respondiendo a su sonrisa con la suya.

Capítulo nueve

—Mi mamá está fuera de sí, por supuesto. Desesperada por impresionar a tu familia. No creo haberla visto nunca adular tanto a nadie ni a nada, en toda mi vida.

Natalia se rió de la descripción, que hizo Bea, del comportamiento de Lady Fortescue. No obstante, esto era cierto. Prácticamente, a la formidable dama se le hacía agua la boca, al decirle a cada recién llegado, a su fiesta, en casa, que estaban en compañía de la nobleza rusa.

Esto hizo que Natalia se sintiera aislada y muy alejada de aquellos, que previamente había considerado dentro de su círculo de amistades. Ahora, ella no solo era Lady Natalia. También era Lady Natalia Soronsky. ¡La rusa! ¡La forastera!

No era que nadie fuera descortés con ella, por supuesto. En todo caso, lo que más les interesaba era la compañía de los demás, a pesar que había asistido a esas fiestas navideñas, en casa, durante tantos años, y nadie se había interesado tanto por ella antes.

Su familia hablaba en ruso, cuando conversaban entre ellos, y Natalia supuso que eso tenía algo que ver con las intrigas que los rodeaban. Y esto también la afectaba a ella.

—Ha habido comentarios sobre Ben y ti —expresó Beatrice, inclinándose hacia delante para sacar otra tartaleta del plato, que tenía por delante.

Ellas estaban tomando el té, en el salón favorito de Bea, esperando la llegada de un fabricante de mantuas. Lady Fortescue había encargado algunos vestidos para que Beatrice los usara en la fiesta de la casa.

Cada año, la famosa dama invitaba a numerosos jóvenes solteros con la esperanza que su hija se casara con uno de ellos. Y cada año, le compraba a su hija un vestuario digno de la ciudad para la temporada. Y cada año, Beatrice permanecía soltera... Pero Lady Fortescue era una mujer obstinada, y decidida a seguir con su objetivo.

Natalia había encargado dos vestidos, para ella misma, pero cuando llegó su padre, él trajo consigo un baúl lleno de vestidos nuevos para su hija. Eran más elaborados de lo que Natalia hubiera querido usar, aunque era el deseo de su padre que ella los usara, y así lo hizo.

—¿Comentarios? —preguntó Natalia con el estómago revoloteando de la forma más peculiar.

Después de todo, ella quería escuchar los comentarios. Desde aquella primera cena, hacía dos noches, Ben había estado atento y, ella supuso, que esto era algo encantador.

En realidad, a su padre parecía agradarle Ben, aunque rara vez permitía más de unos minutos de conversación entre los dos, antes de interrumpir o irse para buscar a su esposa, o a uno de los gemelos.

—¡Oh, qué atento ha sido Ben! —dijo Bea con indiferencia, agitando la tarta de fresa, que sostenía—. ¡Cómo parece receptiva a sus atenciones, cuando nunca antes habías mostrado interés por nadie! Tus “dotes interpretativas” son realmente impresionantes. —Beatrice sonrió.

El estómago de Natalia se revolvió, ante las palabras de Beatrice.

—Esto es justo lo que queremos —replicó Talia débilmente, tomando un sorbo de té.

No había sabido explicar por qué la noticia de Beatrice la había hecho sentir tan rara. Después de todo, esto era justo lo que ella había deseado, tal como lo había planeado.

¿Será que le preocupaba que esas dotes interpretativas no fueran, en realidad, tan buenas? ¿Será que estaba dispuesta a aceptar las atenciones de Ben, porque desde que él fingía sentirse atraído por ella, entonces, había comenzado a verlo de una manera completamente diferente?

¿Será que el recuerdo de sus besos la atormentaba, y se encontraba desesperada por experimentarlos de nuevo?

—Talía, ¿estás bien? Te has sonrojado muchísimo.

La voz preocupada de Bea distrajo a Natalia de sus pensamientos alarmantes, y rápidamente le ofreció a su amiga una sonrisa de seguridad.

Sin embargo, antes que ella pudiera hablar, llegó el mayordomo con el anuncio que el fabricante de mantuas había llegado.

—¿Te quedarás? —preguntó Bea, mientras se levantaba y sacudía sus faldas.

—No, debo volver... Le dije a mi padre que no tardaría mucho.

Y dicho esto, Natalia se despidió rápidamente, dirigiéndose al exterior.

Ella había ido a ver a Beatrice, esa mañana, queriendo pasar un tiempo, alejada de él. También esperaba que una caminata rápida y fría, en esa mañana de invierno, le despejara la cabeza. En todo caso, las palabras de Beatrice la dejaron más confundida que nunca.

¿Cómo era posible que Ben solo hubiera pasado unos pocos días, siendo amable con ella, pero ella sentía un anhelo interior para que sus atenciones significaran algo sincero y que fueran reales? Seguramente, ¿ella no fue tan tonta como para desarrollar verdaderos sentimientos por Benjamín Trafford?

Antes que el corazón de Natalia pudiera acelerarse más, ella se sacudió la cabeza, dándose una reprimenda severa.

“Por supuesto que no”, murmuró para sí misma y al bosque que la rodeaba. “Es solo una serie de circunstancias inusuales. En cualquier caso, él solo está fingiendo ser amable”, continuó, ahora realmente entrando en ritmo. “Él es engreído”, se recordó a sí misma, pisando fuerte por la hierba helada hacia el bosque, que bordeaba la casa de Bea y la suya. “¡Es arrogante! Ni siquiera es tan guapo”.

Aquí se detuvo. Simplemente, lo último no era cierto, y Natalia podía ser lo suficientemente honesta, al menos consigo misma, para admitirlo.

Más bien, él era guapo. ¡Devastadoramente guapo!

“Pero eso no viene al caso”, murmuró de nuevo. “El caso es que ni siquiera me gusta ese hombre”.

El crujido de una ramita, detrás de ella, interrumpió su divagación, la cual ciertamente era alocada, y Natalia giró para ver el objeto de sus pensamientos, que se movían en una espiral. Un caballo se acercaba entre los árboles.

—Talía.

Ben detuvo el caballo, se bajó de la bestia y caminó hacia Natalia, antes que ella pudiera entrar en pánico y preguntarse, si la había escuchado hablar sola como a una loca. Él se detuvo a unos pocos pasos de ella, esos exquisitos ojos dorados estaban mirándola, y una emoción, que ella no podía nombrar, los convirtió en fuego líquido.

—B-buenos días —logró decirle Natalia, a pesar de tener un nudo repentino en la garganta.

“¡Esto no debe funcionar!”

En el momento en que ella lo vio, su corazón dio un vuelco, mostrando que aquel órgano era muy tonto. De repente, él frunció el ceño, mirando a su alrededor, antes que sus ojos se encontraran con los de ella, una vez más.

—¿Usted está sola? —preguntó él—. ¿Y a pie?

—Sí... Acabo de visitar a Bea... Quería dar un paseo... Despejarme.

—Pensamientos confusos, ¿no? —Él levantó una ceja.

—¡No! —respondió ella, apresuradamente—. Es solo que... bueno, hay un montón de cosas sucediendo en casa de la tía Mary con mi familia. Y...

—Y ese padre suyo no la deja fuera de su vista —interrumpió Ben con una sonrisa—. ¿Cómo se las arregló para dar un paseo matutino, sola?

Natalia podía sentir que el calor comenzaba a subir a sus mejillas.

—¡Oh! A él no le molesta tanto que esté sola —mintió—. Y... y nunca le molesta que vaya a ver a Beatrice —mintió, un poco más.

—Mmm.

Ella levantó la vista y vio que Ben la miraba con escepticismo, sintiendo que la irritación parpadeaba en su interior. Aunque lo recibió con agrado y decidió abrazarlo. Más bien, la irritación era buena, familiar, y segura. Además, la irritación no era, por ejemplo, una atracción inexplicable.

—¿Debo asumir que usted se fue sin decírselo a nadie?

“¡Maldito hombre! Él tiene razón”.

Natalia se había sentido cada vez más prisionera desde la llegada de su familia, y ese sentimiento traía consigo toda una serie de otras emociones desagradables.

La culpa la carcomía cada vez que tenía esos pensamientos. Esta era su familia. Los amaba y los extrañaba. No debería sentir que su padre era autoritario y controlador. No debería tratar de mantenerse alejada de ellos. Más bien, debería estar extasiada por reunirse con ellos, y ansiosa por regresar a su tierra natal.

No obstante, ella sentía la incomodidad de mentirles a todos. ¿Por qué no había pensado en nada de esto? La vergüenza que Ben y ella causarían a todos, sus amigos, sus familias, cuando rompieran este “compromiso” sería muy grande. Natalia sabía que era egoísta ignorar el efecto que sus acciones tendrían en los demás. Y aún así...

La idea de ser arrastrada a su casa para casarla con un extraño la llenaba de horror. Y ahora, la idea de no volver a ver ese irritante espécimen, frente a ella, la hacía sentir ridículamente cerca de las lágrimas.

¡Esto era demasiado! ¡Muy confuso!

—Asuma lo que quiera —intentó ella, pero no logró sonar indiferente, en cambio, habló como una niña petulante.

—Usted es una marimacho. ¿Alguien se lo ha dicho alguna vez? —Pero esa sonrisa maliciosa evocó una pequeña en ella.

—Lo han hecho —le recordó ella—. Con frecuencia.

—Sí, pero usted me escucha, aún menos que nadie, así que eso no cuenta.

—Bueno, en eso podemos estar de acuerdo. —Ella bromeó, sintiéndose más como sí misma.

Él se rió suavemente.

—Usted es una chica de dieciocho años, Natalia Soronsky. Se supone que está enamorada de mí. ¿Sabe lo que eso implica?

Natalia ignoró el revoloteo de pánico, en su estómago, ante sus palabras.

—Se supone que debe desmayarse cuando estoy cerca... Adularme... Hablar con lirismo de mis virtudes.

—Sí, pero tendrá que tener alguna para que me ponga a hablar con lirismo de ellas —replicó ella con aspereza.

Ben la miró con el ceño fruncido, aunque había alegría en el oro de sus ojos.

—Se lo haré saber —gruñó él, acercándose hasta que solo quedaron a unas pulgadas,

entre ellos, haciendo que ese corazón de ella se acelerara—. Me consideran un buen partido.

—¿De verdad, usted lo es? —Ella se burló—. ¿Por todas esas virtudes tuyas inexistentes?

—La mala opinión que usted tiene de mí es realmente halagadora —expresó Ben, arrastrando las palabras.

Natalia se rió hasta que notó un cambio abrupto en Ben. Pasó de ser afable a ser depredador, en apenas un instante.

Sus ojos dorados de repente brillaron con un fuego, que calentó las venas de Talia.

—Hemos hablado poco, con propiedad, desde que llegó su familia —le dijo, sorprendiéndola—. Y, desde luego, no hemos estado solos.

—N-noo, no lo hemos hecho —logró expresarlo, aunque le costaba mucho respirar con él tan cerca.

—Y aunque no puedo creer lo que le estoy diciendo, ¡la he extrañado!

Natalia sintió que se le caía la mandíbula, ante sus palabras.

Nunca podría haber imaginado que Ben Trafford, el conde arrogante, el hombre que pasó años aplastándola, como si fuera un insecto molesto, estaría allí diciendo, que la había extrañado.

—No se preocupe, estoy tan sorprendido como usted. —Él frunció el ceño—. Pero así son las cosas.

—Yo... yo... —Natalia no tenía idea qué podía o debía decir, por lo que se detuvo tambaleándose.

—Ahora bien, dado que he pasado estos últimos días, extrañando su compañía, creo que es justo que le recuerde, al menos, una de mis virtudes.

Natalia sacó la lengua para humedecerse los labios secos y los ojos de Ben volaron hacia su boca. El oro en sus profundidades se hizo aún más profundo.

“¡Cielos! *Estoy en problemas*”, pensó Natalia.

—¿Q-qué virtud es esa? —preguntó ella con voz temblorosa y el corazón le palpitaba con fuerza.

La sonrisa de respuesta de Ben fue absolutamente lobuna.

—Soy un excelente besador, ¿usted lo recuerda?

Antes que Natalia pudiera jadear, ante su arrogancia, y regañarlo por su conducta inapropiada, él cerró la minúscula distancia entre ellos, y presionó su boca contra la de ella.

Y luego, Natalia no pudo hacer nada más que devolverle el beso.

Capítulo diez

Ben estaba en la fila de recepción, junto a su tía. El obediente sobrino estaba deleitando a los invitados, y desempeñando su rol a la perfección. Sin embargo, su mente no estaba concentrada en eso. Y ciertamente, su corazón tampoco se encontraba en ese lugar.

De hecho, él estaba más que un poco preocupado, considerando que su corazón estaba a tres millas de distancia con la hechicera de cabello negro y ojos azules, que de alguna manera, después de años de conocerla y desagradarla, se había convertido, en algo terriblemente importante para él.

“*Eres un maldito idiota*”, murmuró para sí mismo.

—¿Qué fue eso, querido?

Los ojos de Ben se dirigieron hacia la tía Elizabeth.

—Nada —le aseguró rápidamente.

Ella lo miró especulativamente, antes de volver su atención a sus invitados.

—¡Ah! Aquí están Lady Cybil y su madre... Conoces a Lady Cybil, ¿no es así?

Ben miró hacia la línea de recepción, antes de ver a la hija rubia del vizconde Tressle.

—La conozco —dijo con cautela—. Hasta cierto punto. —Él miró a su tía con el ceño fruncido y suspicaz—. ¿Por qué lo preguntas?

—No hay razón... —Su tía se encogió de hombros, mientras asentía con la cabeza para saludarlo, y aceptaba los cumplidos sobre su casa.

Esta noche fue el verdadero comienzo de las famosas festividades de la tía Elizabeth, formando una semana de fiestas y eventos, que culminaba con el baile de Nochebuena, aquel en el que anunciaría su falso compromiso con Natalia.

—Es preciosa —dijo la tía Elizabeth, pero Ben no le prestaba demasiada atención. En cambio, estaba observando a la multitud, en busca de algún pelo negro.

“¿*Qué diablos me sucede?*”

—Sí —convino él, distraídamente.

—Me alegra que pienses así. Es tímida, pero bastante bonita y de una familia excelente. ¿Te ocuparás de bailar con ella?

—Por supuesto —murmuró, todavía sin prestar mucha atención. Y de repente...—. ¿Dónde están los Soronsky? —preguntó de golpe.

Si no le fallaba la memoria, Natalia siempre había estado en la casa con Bea desde el amanecer del primer día de festividades de la tía Elizabeth. Él recordó el dolor de cabeza, que le surgía, cuando ambas chillaban, y se reían, todo el día, siguiéndolo a todas partes, y Natalia, en particular, era una molestia. Tan solo dos años antes, había tenido que rescatarla de la barandilla de lo alto de la escalera, cuando ella subió allí para arreglar una ramita de acebo, y se quedó atascada. Entonces, él deseó su perdición, dividido entre querer retorcerle su lindo cuello, o ignorar por completo su existencia.

¿Cómo fue entonces que él estaba allí parado como un colegial nervioso, esperando desesperadamente su llegada?

Nunca debió haberla besado otra vez. ¡Ese fue el problema! Besarla antes de la llegada de sus padres fue malo. Bueno, realmente no fue tan malo. Pero... no fue una buena idea. Y desde entonces, él había vivido en una neblina de anhelos, que lo torturaban, porque ahora sabía lo que era abrazarla y saborear sus dulces labios.

Verla sola ayer por la mañana había sido una tentación mayor de la que podía soportar. Si había pensado que besarla otra vez saciaría su sed por ella, entonces, él estaba muy equivocado. Porque ahora no podía concentrarse en nada, y no podía pensar en nada más que en ella. Ahora la anhelaba como nunca antes...

Ayer por la mañana, cuando la tomó en sus brazos, besando con fuerza, a la pobre chica, algo cambió dentro de él. Su deseo por ella crecía, a cada segundo, su atracción era como un ser vivo, deslizándose por sus venas hasta que pensó que podría volverlo loco. Pero más allá de eso, él ansiaba su compañía.

Quería verla sonreír, oír su risa. ¡Extrañaba su ingenio y descaro! Ella era una auténtica fiera, y él no se cansaba de esa mujer. Entonces, ¿qué diablos significaba esto?

Antes que pudiera entrar en pánico, más de lo que ya estaba por estos sentimientos, que no eran en absoluto parte de su trato con Natalia, la multitud se abrió, y allí estaba ella. El corazón de Ben se detuvo, en su pecho, cuando vio a Natalia entrar en el salón. Ella era una visión, más allá de cualquier belleza, que hubiera visto antes. Su corazón tartamudeó y luego comenzó a latir de nuevo, acelerándose ahora, como si fuera a estallar en su pecho.

“Contrólate”, se dio la orden con severidad. “Este no es el acuerdo. ¡Este no es el plan!”

Entonces, Natalia levantó la cabeza y su mirada azul y helada chocó contra la de él. Ben murmuró una terrible maldición, en voz baja, porque, en ese momento, él supo que planeado o no, arreglado o no, él estaba perdiendo su corazón por completo, ante Lady Natalia Soronsky.

—Esta noche te ves muy guapa, querida. ¡Tan hermosa! Y parece que no soy la única que piensa así.

Natalia sonrió débilmente, ante el cumplido de su madre.

Ciertamente, Natalia podría haber tenido una cara, como el trasero de un caballo, y la gente se la habría quedado mirándola. Aunque el vestido que su padre había traído de Rusia era la opulencia personificada. ¡Demasiado glamuroso para una fiesta navideña campestre! Y no era nada comparado con el vestido que usaría, quisiera o no, en el baile de Nochebuena... El baile donde Ben anunciaría el compromiso de ambos.

Tan pronto como sus pensamientos inevitablemente giraron hacia Ben, sus ojos lo buscaron. Una pareja corpulenta, que estaba delante de ella, se alejó, y entonces, ella lo vio. Él la estaba mirando fijamente, y Natalia se sintió atrapada en esa mirada dorada. Parecía un ángel allí de pie, elevándose sobre todos los que lo rodeaban, su cabello claro era casi del mismo color que sus ojos, a la luz de las velas. Natalia no habría podido apartar la mirada ni siquiera si su vida hubiera dependido de ello.

—Ten cuidado, Talia.

La suave advertencia de su madre llamó la atención de Natalia, rompiendo el hechizo de Ben sobre ella, y dio la vuelta para mirar a su madre.

Petr y Andrei ya estaban coqueteando con un grupo de debutantes risueñas, y su padre estaba discutiendo tácticas de caza, con su barítono acentuado, exigiendo la atención de todos a su alrededor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, nerviosamente.

La madre examinó el rostro de Natalia, por un momento, antes de suspirar y extender la mano para tomar la de su hija.

—Tu padre está decidido, querida —dijo la condesa, en un tono muy serio—. Nada podrá disuadirlo. Vendrás a casa con nosotros.

El estómago de Natalia se revolvió, ante las palabras de su madre.

—Natalia, sé que has construido una vida aquí. Y sé, más que nadie, lo difícil que es dejar este país. Pero, ¡Rusia es tu hogar!

—Inglaterra era tu hogar —replicó Natalia—. Y tú, felizmente, lo dejaste para irte a otro lado.

—Lo dejé por otra persona —aclaró su madre con dulzura—. Lo dejé por amor.

Natalia respiró profundamente. Tal vez debería confesarle a su madre lo que había estado haciendo. Explicarle que, en algún momento del camino, las aguas se habían vuelto tan turbias, que ni siquiera podía imaginar su vida ahora sin Ben. Pero su madre no había terminado de hablar...

—Tu padre está decidido a que regreses a casa. Nada de lo que hagas o digas lo disuadirá, Natalia. Y deberías saberlo. No sería justo para ti ni para nadie más, si piensas lo contrario.

La preocupación de Natalia creció exponencialmente. Nunca se le había ocurrido que su padre la obligaría a irse con él, así estuviera comprometida.

—Si hubieras estado creando un vínculo —continuó su madre astutamente—, entonces, sería una pérdida de tiempo. ¡Tu padre no cederá!

—Pero...

—No dejes tu corazón en Inglaterra, cuando regreses a Rusia. Porque vas a volver, lo quieras o no. —Después de un suave apretón en su mano, su madre la soltó, giró, y fue a reunirse con la tía Mary y Lady Fortescue.

Natalia sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas de impotencia, mientras buscaba a Ben, nuevamente.

Allí estaba él, charlando con Lady Cybil. Las dos cabezas estaban inclinadas, una hacia la otra. Unos celos, feos y viscerales, hicieron su aparición y lucharon con las otras emociones desagradables, que la invadían. ¿De qué servían ahora las advertencias de su madre?

En su lugar, parada, Natalia estaba mirando a Ben, sabiendo que, en un par de semanas, ella dejaría Inglaterra, y se casaría con alguien, a quien nunca había conocido. Más aún, ella sabía que todo era inútil, ante las palabras de advertencia de su madre. Ella sabía que, a pesar de sus mejores esfuerzos, era muy probable que dejaría su corazón, en Inglaterra, lo quisiera o no.

Capítulo once

Ben bailó obedientemente con Lady Cybil, luego con algunas otras jovencitas, antes de agarrar a su prima, y arrastrarla hacia una cuadrilla.

—¿Dónde está ella? —susurró, mientras los demás bailarines ocupaban sus lugares.

Bea no tuvo que preguntar a quién se refería.

Natalia desapareció, antes del primer set, y no había vuelto a aparecer desde entonces. Ben se habría dado cuenta, si hubiera aparecido, ya que estuvo la mayor parte de la noche, buscándola.

—No lo sé —admitió Bea, inquieta—. Ella no es así. Le encantan las fiestas.

—Lo sé —murmuró, antes de inclinarse frente a ella, y comenzar el baile.

Tuvo que esperar, mientras daban vueltas y brincaban ridículamente, antes que Beatrice estuviera frente a él, una vez más, y pudieran continuar su conversación en voz baja.

—Ella insistió en que debíamos bailar juntos, al menos dos veces, para asegurar que las lenguas se movieran —dijo Ben, tratando de ignorar la inquietud, en sus entrañas.

Pero él estaba preocupado. Seguramente, ¿Natalia no cancelaría algo tan importante sin una buena razón? Su futuro dependía de ello, igual que el de Ben. No obstante, más allá de eso, él estaba angustiado porque estúpidamente había llegado a preocuparse más por Natalia, que por cualquier otra persona, o cosa en su vida, y no le gustaba que ella no estuviera, donde se suponía que debía estar.

—No sé qué decirte, Ben —replicó Beatrice, pero sus ojos color avellana reflejaban la misma preocupación que Ben—. La vi entrar, pero antes que pudiera saludarla, como era debido, ya se había ido.

El baile llegó a su fin y Ben giró para devolver obedientemente a Beatrice, al lado de su tía. Vio con cierta consternación, que había otra joven soltera, junto a la tía Elizabeth, esperando su llegada.

Toda la noche su tía había estado exhibiendo a esas mujeres frente a él. Otra buena razón por la que le habría gustado que Natalia estuviera allí. Ninguna de las damas aquí podría compararse con ella, y no sería difícil brindarle toda su atención.

—Bien, eso es todo. —Ben se quedó quieto, y accidentalmente también detuvo a Beatrice—. Voy a encontrarla.

—No puedes irte —jadeó Bea—. ¡Mamá te cortará la cabeza!

—No me importa —argumentó, rebeldemente.

—Pues a mí sí, porque tendré que escucharla desesperarse por ti. Además —continuó Beatrice, ya que Ben quería irse—, una cosa es que tú y Natalia pretendan enamorarse de la manera correcta. —Su joven prima levantó la vista y lo observó fijamente con una mirada penetrante—. Otra cosa muy distinta es que desaparezcan juntos en una fiesta... Ya le advertí a Natalia que su plan era inapropiado. Pero... ¿huir juntos y solos? ¡Esto será la ruina de ustedes! Como lo sabes, muy bien...

Sí, él lo sabía perfectamente bien, pero a él no le importaba eso. Algo andaba mal, y él no iba a quedarse allí, cortejando a otras mujeres sin hacer nada al respecto.

—Ben. —La voz de Beatrice era más firme que nunca—. Voy a decirte lo que le dije a Talia: ¡tus acciones tienen consecuencias!

—Lo sé —le aseguró. Luego, giró sobre sus talones y salió del salón, en busca de Natalia.

La única consecuencia que se le ocurría por estas acciones sería un matrimonio forzado. Y aunque no lo admitiera, ante nadie más, al menos así podría ser honesto consigo mismo. En cuanto a las consecuencias, un matrimonio real, en lugar de uno falso, tampoco parecía tan malo.

Natalia se estremeció y deseó haber salido corriendo hacia el guardarropa. Al menos, de esta manera podría haber cogido su pesado abrigo de invierno y quedarse abrigada. En lugar de eso, ella entró en el invernadero helado, en la parte trasera de la casa.

Esta no fue su mejor idea. Sin embargo, ninguna de sus ideas parecía funcionar muy bien. La advertencia de su madre resonaba en sus oídos, una y otra vez. ¡Y lamentablemente, todo su plan terminó antes de empezar! Su padre no toleraría ninguna discusión... Con compromiso o sin él, la traería a ella, su propia hija, a casa... Lo peor de todo no era verse obligada a casarse con un extraño, o que extrañara a Beatrice, más de lo que podía imaginar. ¡No! Lo peor era que nunca volvería a ver a Ben. Y pensar en esto era demoledor. Le dolía tanto que sentía, que ni siquiera podía respirar bien.

Entonces, esto fue así de simple... Ella se había enamorado de ese hombre. Y ahora tenía que irse. No solo era eso sino que tenía que incumplir el acuerdo. ¡Ya no tenía sentido cumplirlo! Su padre nunca les permitiría anunciar un compromiso, y Ben lo necesitaba.

Lo mejor que podían hacer y lo único que podían hacer era romper ese acuerdo, condenado de antemano al fracaso, y permitir que Ben pasara el resto de la fiesta, en casa, convenciendo a otra chica para que se casara con él. Y si la mera idea de esto hacía que Natalia sintiera, como si su corazón se rompiera en dos, entonces tendría que lidiar con eso.

Las lágrimas ahora caían libremente y Natalia no intentó detenerlas.

Ella gritaría, maldeciría su destino, luego recuperaría su ánimo y regresaría al salón de baile, antes que alguien se diera cuenta que se había ido.

—¡Desapareciste!

Natalia gritó por el miedo, al oír una voz detrás de ella, y dio la vuelta para ver a Ben, parado a solo unos pies de ella.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —Ella resopló.

—Estoy buscando a mi prometida, que ha desaparecido. —Él bromeó.

Y eso fue todo. Su inocente intento de humor la destrozó. Natalia se llevó las manos a la cabeza, y sollozó.

—¡Natalia!

La exclamación de horror de Ben la habría divertido en cualquier otro momento, pero no en este instante. Ahora se enfrentaba al desastre, que había hecho de su vida, defraudando a Ben, y enamorándose locamente de él, siendo una idiota tan triste. ¡Totalmente!

—Lo siento —dijo ella con un sorbo—. Es que... he estropeado todo.

Ella no podía mirarlo, tampoco podía enfrentarlo.

—Deja de llorar.

Natalia se sintió envuelta en el cálido y fuerte abrazo de Ben, pero eso solo la hizo llorar aún más fuerte.

—Shhh. —Él la presionó contra su pecho y Natalia giró la cabeza, escuchando el latido inestable de su corazón, sintiéndolo latir contra ella. Percibió los labios de Ben, presionando contra la parte superior de su cabeza, y esto fue una especie de tortura exquisita, estar sostenida en sus brazos, sabiendo que él tenía que liberarla.

—Shhh —repitió Ben, nuevamente—. Por favor, amor... Usted no debe llorar. ¡No lo

soporto!

Natalia sabía que esa expresión, tanto ruda como cariñosa, no significaba nada para él, pero su tonto corazón dio un vuelco ante la palabra “amor”.

—Lo siento —murmuró ella, intentando desesperadamente controlar las lágrimas.

—Dime qué pasa y lo arreglaré —manifestó, tocando su cabello.

Natalia se rió, pero el sonido era áspero y sin humor.

—Usted no puede arreglarlo. —Ella resopló.

A pesar del hoyo, que había cavado para sí misma, el abrazo de Ben la calmaba y tranquilizaba de una manera que ella no hubiera creído posible.

—Puedo intentarlo —replicó él con optimismo—. Haré todo lo que esté a mi alcance para solucionarlo —dijo en voz baja y con sinceridad.

¿Era de extrañar que ella se hubiera enamorado de él, cuando era tan increíblemente maravilloso?

—¿Quién la ha molestado? —Él la presionó.

Natalia se apartó para mirarlo. Eso no sirvió de nada. Ben no se rendiría hasta que ella le hablara. Ella lo notaba por la expresión de su mandíbula y la determinación en sus ojos. En ese momento, él parecía irradiar poder, siendo un hombre que nunca aceptaba un “no” por respuesta, y un lord lo suficientemente poderoso para conseguir lo que quería. Casi que ella podía creer, que si alguien podía enfrentarse a su padre, ese sería este hombre que tenía por delante.

Y a pesar de todo, su cuerpo reaccionó de una forma absolutamente desenfrenada.

Natalia se estremeció, en respuesta a lo que vio en su mirada.

Ella observó, cómo él la miraba con el ceño fruncido, y luego dio un paso atrás, rompiendo el contacto entre ellos. Natalia tuvo que contenerse para no volver a sus brazos.

Él se quitó el chaleco nocturno, ella tragó saliva ruidosamente, mientras sus ojos recorrían los músculos de sus brazos, visibles ahora a través del fino material de su camisa de lino.

Probablemente sería bueno que ese chaleco plateado permaneciera en su lugar, pensó ella un poco, histéricamente, o las plantas y arbustos del invernadero presenciarían un espectáculo. Natalia pudo sentir un calor abrasador, en sus mejillas, mientras se daba cuenta de hacia dónde se dirigían sus pensamientos lascivos.

Ben se inclinó sobre ella, cubriéndola con el chaleco, que ahora colocó sobre sus hombros.

—Mantén la mente alejada de la cuneta —dijo con un guiño.

—¿Cómo dice? —susurró Natalia, olvidando los problemas, ante su indignación avergonzada.

No obstante, Ben parecía maravillosamente despreocupado por su enojo.

—Le dije que no pensara en tonterías —lo repitió, y una lenta y devastadora sonrisa se extendió por su rostro—. Uno de nosotros debe hacerlo.

“¡Cielos!”

Capítulo doce

Natalia estaba rodeada por su aroma, intoxicada por el sándalo y los cítricos, que parecían exclusivos de Ben. El chaleco todavía estaba caliente por el calor de ese cuerpo. Ella se sintió abrumada por él.

—Ahora. —Él retrocedió dos pasos deliberadamente—. Estoy poniendo una distancia muy necesaria entre la tentación, que usted representa, y mi persona. —Esas palabras hicieron que ese pobre y trabajado corazón de ella tartamudeara—. Y usted me va a decir qué está pasando... Y entonces, yo voy a encontrar una manera de solucionarlo.

Natalia meneó la cabeza, tristemente.

—Esto no tiene solución, Ben —dijo—. Ninguno de los dos puede solucionarlo.

Ella vio su ceño fruncido y, como era cobarde, no pudo sostener su mirada, mientras le daba la noticia.

—Nuestro plan no va a funcionar —insistió ella, dirigiéndose a sus zapatillas de satén—. Mi padre no está de acuerdo con que nos comprometamos —explicó con voz apagada—. ¡Mi madre me lo dejó muy claro! Y... y ya casi se nos acaba el tiempo. Usted podría haber pasado estas últimas semanas, buscando a alguien con quien casarse. Podría haberlo resuelto... bueno, cualquiera que sea el problema con su tía.

Ben estaba tan silencioso, que Natalia casi podía creer que ya no estaba allí. Pero ella todavía podía sentir su presencia. Tras respirar profundamente, ella siguió adelante:

—En cambio, usted perdió su tiempo con ese estúpido plan mío. Un plan que no funcionará. —Natalia sintió que una lágrima solitaria caía por su mejilla. Podría haber jurado que había llorado hasta quedarse sin lágrimas—. Lo siento mucho, Ben. Lo único que puedo hacer es decírselo ahora, antes que sea demasiado tarde. Todavía falta una semana para el baile. Todavía falta una semana para que se vayan los invitados de su tía.

Finalmente, ella encontró el coraje para mirarlo. Su expresión era indescifrable, mientras la miraba.

—Realmente, usted es muy encantador, cuando no intenta ser irritante, ¿lo sabe? —Sonrió, intentando inyectar algo de humor, en lo que se había convertido en una situación insoportablemente tensa—. Estoy segura que cualquiera de las damas, de ahí afuera, se consideraría afortunada de ser su condesa. Aunque, en realidad, tendría que casarse con una de ellas. Estoy muy segura que no hay otra mujer, en la cristiandad, lo suficientemente loca como para fingir un compromiso con usted.

Él no respondió a su débil intento de humor. Ni siquiera replicó su frágil sonrisa con una propia.

—Lo siento mucho —repitió ella—. No sé por qué necesita comprometerse, pero espero que esto no interfiera en sus planes. —Natalia se encogió de hombros impotente—. Al menos no estaré aquí para molestarlo por mucho más tiempo. —Ella intentó, una vez más estar alegre y volvió a fracasar.

Natalia, que se sentía repentinamente agotada, se sentó en el banco frío, que había al borde del invernadero. Desde allí podía contemplar los huertos, bañados por la luz de la luna y cubiertos de escarcha.

Ella escuchó un movimiento y luego él estaba a su lado, ocupando la mayor parte del banco. Su muslo, sólido como una roca, estaba presionado contra el de ella.

—Mi tía me dijo que me dará dinero, mucho dinero, el día que anuncie mi compromiso. La mandíbula de Natalia cayó en estado de shock, cuando giró para mirarlo.

—Usted... yo... —Ella no sabía qué decir.

Ben sonrió, pero no había humor en su expresión.

—Mi padre fue un derrochador sin límites, que casi llevó al condado a la ruina — continuó con voz firme y sin emociones—, desde que heredé, he logrado mantenernos a flote, pero no ha sido fácil. La tía Elizabeth conoce mis dificultades. Financió a mi padre, durante años, y pagó mi educación... Cuando asumí el puesto, me negué a aceptar más dinero de ella.

Él mantuvo la mirada fija en el cielo invernal, sin mirar a Natalia, mientras hablaba.

—Este dinero es mi herencia, o lo será. Ella sabe que puedo usarlo para que mis propiedades vuelvan a prosperar, más de lo que lo han hecho nunca, pero le preocupaba que yo estuviera demasiado centrado en mis negocios y propiedades, y no lo suficiente, en mi deber, con el título. Supongo que fue una forma equivocada, pero bien intencionada, de hacerme sentar cabeza.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó Natalia, suavemente.

Finalmente, él la miró con sus ojos, que brillaban a la luz de la luna.

—No lo sé —murmuró—. Supongo que me sentí avergonzado... ¡Con mucha pena! No quería que usted pensara mal de mí. —Sus labios se curvaron—. No es que su opinión sobre mí fuera muy buena antes.

Natalia sonrió, a pesar de todo lo que estaba pasando.

—Mmm. Mi desprecio por usted solo era comparable al suyo por mí.

Ellos cayeron en un silencio pensativo.

—No habría pensado mal de usted, ¿sabe? —lo dijo él, en voz baja, apenas por encima de un susurro.

Esa conversación parecía un confesionario, en la noche tranquila y silenciosa.

—No hay nada de malo, en trabajar duro, para recuperar lo que le quitaron. ¿Y lo ha hecho solo? Eso es algo de lo que usted debe estar orgulloso, Ben.

—Me alegra que piense eso —respondió él, mirándola fijamente—. Pero no puedo mentirle: el dinero de la herencia resolvería todos mis problemas. Podría hacer cosas verdaderamente maravillosas con el mismo.

El corazón de Natalia casi se partió en dos, mientras pensaba en lo que necesitaba decirle.

—Aún usted puede —dijo ella con la voz temblorosa, ante todo lo que intentaba mantener en su interior.

Natalia estuvo tentada de decirle que lo amaba, pero, ¿de qué le serviría esto a los dos? Ella tenía que irse y él todavía necesitaba su dinero.

—Podría conocer a una dama que le importe mucho, como Lady Cybil. —Ella apretó los dientes al oír el nombre de la rubia rosa inglesa—. Alguien que lo ayude a reconstruir su patrimonio y sus propiedades, que apoye sus esfuerzos por hacer que el condado sea un éxito.

—¿Y usted? —preguntó él—. ¿Qué hará?

—Me iré a casa. Volveré a Rusia —dijo con tristeza—. Haré todo lo posible por no casarme hasta que alcance la mayoría de edad.

Natalia no sonaba convincente ni siquiera para ella misma. Ambos sabían que si su padre quería que se casara, finalmente terminaría casándose.

—Tal vez le importe mucho alguno de los caballeros. —Ben le repitió su propio sentimiento.

“¿Cómo le digo que no es posible que ame a uno de esos pretendientes porque todo mi

corazón le pertenece a él?”

—No lo creo —replicó ella con toda la sinceridad que pudo—. Supongo que este es el final, entonces —dijo, cuando él no habló.

Ella esperaba algunas palabras de aliento, incluso de despedida. Sin embargo, él permaneció en silencio. Después de un tiempo, Ben se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra la frente de ella. Luego, todavía sin decir palabra, se levantó y la dejó sola en el banco.

Capítulo trece

—Estaba segura que él volvería para el baile de esta noche. Pero... Mamá está muy molesta.

Natalia intentó ignorar el dolor, que le retorció el estómago, mientras Beatrice hablaba de la ausencia de Ben.

Ese había sido el tema de conversación de la semana. A la mañana siguiente de la confesión de Natalia, Lady Fortescue había anunciado que, lamentablemente, Lord Staunton había sido llamado a la ciudad por asuntos urgentes. Nadie sabía qué podía ser tan urgente, como para que él tuviera que partir tan cerca de la Navidad, y la señora no dijo nada sobre las circunstancias.

No obstante, Beatrice le había contado todo a Natalia, el mismo día en que la tía Elizabeth había recibido una nota.

—Nos levantamos y él ya no estaba. Debió de haberse ido al amanecer. Una nota decía que no tenía un momento que perder. ¡Que su felicidad dependía de su partida! Y eso fue todo.

Beatrice se había preguntado, en voz alta, durante horas qué podría haber sido tan importante para él. Incluso había interrogado a Natalia sobre lo que había sucedido entre Ben y ella, pero Natalia solo podía decirle la verdad: que prácticamente no había sucedido nada en absoluto. Más bien, ella esperaba que Ben le hubiera declarado su amor eterno, y decidiera que se fugaran para evitar esa separación, pero, ahora ella estaba profundamente decepcionada.

Él la besó en la frente y luego se alejó. Y eso fue todo. Pero... ¡Ella no debería estar decepcionada! No tenía expectativas puestas en él... Y tampoco le había dado motivos para pensar que su acuerdo había sido diferente, a lo que habían planeado inicialmente.

Sí, por supuesto, se habían besado un poco, pero, ¡Natalia no era ingenua! Si bien para ella habían sido experiencias, que habían cambiado su vida, sacudiéndola por completo, para Ben las mismas no habían sido más que un poco de diversión, en una fiesta aburrida.

¡Oh! Aunque ella lo extrañaba. Anhelaba su sonrisa, su ingenio, su aroma, incluso su arrogancia. Extrañaba sus brazos alrededor de ella y su boca presionada contra la suya. Y ella no tenía idea de cómo dejar de quererlo.

—De todos modos, supongo que debemos aprovechar al máximo esta noche y la próxima semana o así, ya que pronto te irás. —El tono sensiblero de Beatrice sacó a Natalia de sus pensamientos, y ella vio, horrorizada, que los ojos color avellana de Beatrice se llenaban de lágrimas.

—¡Oh, Bea! —dijo antes de acercarse, y abrazar a su más antigua y querida amiga.

—Te extrañaré mucho —expresó Bea con una mueca.

—Yo también te extrañaré. —Natalia tragó—. Pero papá ya dijo que puedes visitarnos, si tu madre te lo permite.

Beatrice se echó hacia atrás y se llevó un pañuelo a los ojos.

—Quizás, si puedo convencer a Ben para que me acompañe.

Y así, los pensamientos de Natalia regresaron directamente a su arrogante conde.

—¡Cielos! Mira la hora —dijo Natalia, débilmente, poniéndose de pie—. Debo volver a casa para prepararme para esta noche.

—Pero todavía tenemos horas —argumentó Beatrice, levantándose de la silla, y mirando a Natalia.

—Sí, pero papá insiste en que me ponga ese vestido... Me llevará tanto tiempo ponérmelo, que debería haber empezado ayer...

Bea se rió obedientemente, mientras que Natalia se dirigió a la puerta.

—Talía.

Natalia giró al oír su sobrenombre.

Bea estaba de pie con las manos entrelazadas frente a ella.

—Pensé que tal vez tú y Ben... pensé que tal vez...

Bea llegó a un final incómodo, y Natalia ni siquiera pudo sonreír para consolar a su amiga.

—Yo también lo pensé —susurró, antes de darse la vuelta y salir apresuradamente de la casa.

“Tal vez volver a casa será lo mejor, después de todo”, pensó con tristeza. “Tal vez la distancia del océano me traerá algo de paz”.

Ben miró hacia la casa de la tía Elizabeth. Todas las ventanas del primer piso estaban iluminadas, como faros brillantes en la noche fría y oscura. Había hecho un buen tiempo. Estaba exhausto, helado, hambriento y ansioso. Pero estaba allí. Aunque apenas había dormido en toda la semana, se había preguntado cientos de veces, si estaba haciendo lo correcto, pero no estaba seguro si debería irse a Bedlam, o terminar con esto... ¡Esta era la parte difícil!

Estar de nuevo aquí, enfrentarse a esta gente, y ver a Natalia... ¡Esta era la parte difícil! Aún así, él nunca se había considerado un cobarde, y ciertamente jamás había tenido miedo de trabajar por lo que quería.

Después de entregarle su semental a uno de los mozos de cuadra con instrucciones de mimarlo hasta el cansancio, ya que este casi lo había derribado, hoy mismo, Ben enderezó los hombros y subió corriendo los escalones de la casa. Su compañera llegaría en breve. Montar a caballo no había sido precisamente lo más adecuado.

Aunque esto jugó a favor de Ben porque le daría la oportunidad de hablar con la tía Elizabeth y Natalia, y explicarles todo, antes de hacer lo que tenía que hacer por su futuro. Al llegar al salón de baile, Ben se negó a que lo anunciaran, dirigiéndose rápidamente a una columna, desde donde podía ver la sala y sus ocupantes.

Observó a la multitud. Allí estaban la tía Elizabeth y Beatrice, la primera arrastrando a la segunda de caballero en caballero. ¡Pobre prima! La determinación de la tía Elizabeth no tenía límites.

Sin embargo, en ese momento, Beatrice no era su preocupación. Él estaba aquí por Natalia. Sus ojos la buscaron y saltaron inmediatamente hacia los bailarines. Por lo general, allí era donde él la encontraba, en medio del baile, como el alma de la fiesta. La tarjeta de baile de ella siempre se llenaba en un tiempo récord. Ese hecho nunca lo había molestado, pero ahora se sentía irracionalmente celoso por ello.

No obstante, su frenética búsqueda no dio ningún resultado. Frunciendo el ceño, recorrió con la mirada todo el salón. Natalia no estaba con Beatrice... No estaba con su familia, que estaba reunida en una esquina... Ni con su padre, que parecía imponente, observando todo lo que tenía, ante sí.

Finalmente, su mirada se trasladó a las sillas habitualmente reservadas para los tímidos y las muchachas del pueblo, cuyos días de baile, ya habían quedado atrás. Y allí estaba ella...

El corazón de Ben se retorció al ver a Natalia sentada sola y abatida.

No podía soportar la mirada de tristeza desesperada, en su hermoso rostro, no quería nada más que ir allí, tomarla en sus brazos, y protegerla de todos los males del mundo. Pero no pudo hacer todo eso. Por mucho que le dolieran las manos, no pudo. En lugar de eso, él se quedó y la observó por un rato, disfrutando de la vista.

Ella estaba etérea, en un vestido de satén plateado. Los diamantes en sus orejas y garganta brillaban a la luz de las velas. Varias veces, un caballero se acercaba a ella, pero una y otra vez, Natalia lo despedía. Y así fue, ella simplemente permaneció sentada allí, abatida, recordándole a Titania de *El sueño de una noche de verano*, provocando que él sintiera ganas de besarla y no parar nunca.

Sin embargo, él no podía hacerlo. Su padre estaba decidido, a que se casara y regresara a Rusia, y Natalia estaba convencida que no había otra opción. ¡Así que esto era todo!

Ben dio la vuelta y se alejó de Natalia, buscando a su tía.

—Tía Elizabeth.

Observó cómo la señora mayor giraba envuelta en un frenesí de faldas color burdeos.

—¡Ben! —gritó—. ¡Estás aquí!

—Lo estoy. —Él hizo una reverencia—. Y necesito hablar contigo sobre un asunto de cierta urgencia.

Los ojos de la tía Elizabeth se abrieron, pero él asintió inmediatamente, en señal de consentimiento.

—Muy bien, guíame.

Entraron a la biblioteca y Ben cerró la puerta, antes de girarse para mirar a la mujer, que había sido como una madre para él.

—Quería hablar contigo sobre el dinero —dijo Ben directamente.

Esta noche era importante y necesitaba asegurarse que todo se hiciera correctamente.

—¿El dinero?

—Sí, la herencia.

—Está bien —afirmó la tía Elizabeth con cuidado.

—Quiero que sepas, tía Elizabeth, que agradezco tu oferta y las razones que tuviste para obligarme a comprometerme. Igualmente, aprecio todo lo que has hecho por mí, desde que era un niño.

—No tienes que...

—Lo sé —la interrumpió él con suavidad—. Pero lo sé.

La tía Elizabeth asintió, en reconocimiento a su gratitud.

Ben respiró profundamente y la miró directamente a los ojos.

—Pero no puedo aceptarlo —soltó—. Sé que querías, que me comprometiera, y sé que querías que lo hiciera ahora para que asegurara mis propiedades y posesiones, pero la verdad es que no me comprometeré, y no creo que esté aquí para asegurarlas.

—¿Qué? ¿Por qué no? —preguntó su tía.

—Porque —respondió con el corazón acelerado—. Tengo pensado casarme, no comprometerme. Y hay muchas posibilidades que me mude a Rusia.

Capítulo catorce

Natalia podía sentir el ceño fruncido de su padre, desde el otro lado del salón, pero se negó firmemente a mantener contacto visual con él. El estado de ánimo en su familia, en ese momento, era tan frío como el clima afuera. No podía decir exactamente, qué le había sucedido a ella, cuando regresó de su visita a Bea, esa tarde. Se vistió como una hija obediente, poniéndose un vestido más propio de un compromiso real que de una fiesta campestre. También escuchó los planes de viaje de su padre para después de la Duodécima Noche.

Y cuando su madre había insinuado que a Natalia le entristecería tener que dejar a la gente atrás, él había sido muy despectivo. No le interesaban en absoluto sus necesidades ni sus deseos.

Cuando él subió al carruaje y mencionó casualmente los nombres de sus posibles maridos, Natalia sintió que la ira, que solo un corazón roto puede inducir, crecía en su interior.

—¡No me casaré con ninguno de esos hombres, papá! —espetó ella—. De hecho, no me casaré con nadie.

La discusión que siguió fue larga, desagradable y probablemente inútil.

Sus amenazas de rechazar los compromisos hasta alcanzar la mayoría de edad habían cambiado a su padre, en un color púrpura tan alarmante, que Natalia se había dado por vencida, a pesar que ellos habían viajado la corta distancia restante, en un silencio sepulcral.

Ella había rechazado todas las ofertas para bailar y varios intentos de incluirla en las conversaciones. En lugar de eso, Natalia se quedó sentada allí, deprimida, mirando la entrada, aunque sabía que Ben no vendría. De vez en cuando, Beatrice se acercaba y trataba de sacarla de su autocompasión, pero esto era inútil.

Natalia levantó la mirada, cuando su amiga corrió hacia ella una vez más, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de emoción.

—Talia —jadeó Beatrice, dejándose caer en la silla que estaba a su lado—. ¿Qué está pasando?

—¿Qué quieres decir? —preguntó, ligeramente alarmada por el vértigo de Bea.

—Nunca me lo dijiste. Y se supone que debes contármelo todo.

—¿Qué no te dije? —insistió ella, desconcertada.

—Pues, que Ben ha vuelto, por supuesto. Y que él... espera, ¿no lo sabías?

Natalia giró la cabeza de golpe, mientras buscaba desesperadamente alguna señal de Ben, aunque no lo veía, en ninguna parte.

—Bea, ¿estás segura?

—Claro que sí. —Beatrice se rió—. Acabo de verlo y... ¡vamos!

Ella se puso de pie de un salto, arrastrando a Natalia hacia ella.

—Bea... ¿qué...?

—Date prisa —interrumpió Bea—. ¡Date prisa!

Natalia tropezó, pero se enderezó, mientras Beatrice la empujaba por el salón de baile, sin darse cuenta o sin importarle la atención, que estaba atrayendo con esta acción. A Natalia tampoco le importó esto.

“¿Ben está allí? Pero, ¿por qué ha regresado? Entonces, en primer lugar, ¿por qué se fue?”

Llegaron a la biblioteca de Lord Fortescue, en escasos segundos, y Bea no perdió el

tiempo en abrir la puerta, y arrastrar a Natalia adentro.

—Beatriz, ¿qué estás...?

La pregunta de Natalia murió en sus labios, cuando levantó la vista y vio a Ben parado allí, observándola. Esa mirada, en sus ojos, era tan tierna, e hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—Hola. —Él mostró una bella sonrisa, que hizo que ese corazón femenino se detuviera.

—H-hoola —tartamudeó ella, en respuesta.

—Usted se ve hermosa —dijo él, suavemente, y Natalia sintió que sus mejillas se calentaban en respuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Sus ojos se movieron para observar el entorno y vio a la tía de Ben, Elizabeth, a la tía Mary y a su madre, esparcidas por la habitación.

Beatrice todavía sostenía su mano y la apretó suavemente, antes de soltarla y acercarse a él... El corazón de Natalia tartamudeó...

“¿Qué hace un vicario aquí?”

—Me voy a casar —anunció Ben, tan casualmente, que los asistentes tardaron un momento en asimilar las palabras. Y cuando lo hicieron, un dolor, como ningún otro que Natalia hubiera sentido, la atravesó, y se alejó tambaleándose de él, temerosa de hacer algo tonto, como llorar o rogarle que no lo hiciera.

—¡Oh! —logró decirlo con voz ronca—. Bueno, ¡felicitaciones!

“¿Él casado? ¿Había ido a buscar a una prometida? ¿Ya la encontró?”

—Gracias —dijo él, sonando muy divertido. Talia sintió que esa vieja irritación volvía a aparecer.

—¿Me ha traído hasta aquí para decirme esto por alguna razón? Sabe que afuera se está celebrando un baile. ¡Esto es de una grosería imperdonable! —A ella le alegró oír que su voz sonaba áspera y molesta. No obstante, por dentro, ella era un desastre lloroso, aunque no lo demostraría.

—Esto no tardará mucho —le aseguró Ben—. ¿Usted sabe que me robó mi chaleco?

El cambio en la conversación la desconcertó un poco, pero no lo suficiente como para no sorprenderse por su audacia.

—¿Cómo dice usted? —jadeó—. No lo hice.

—Creo que usted misma lo reconocerá —respondió él con suavidad—. Se lo di la semana pasada, cuando tenía frío, y nunca me lo devolvió.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. Era un canalla, ¡un canalla!

“¿Cómo puedo ser tan estúpida como para amar a este hombre maldito y desgraciado?”

—Usted se escapó, ¡antes que tuviera la oportunidad de devolvérselo! —gritó ella, sabiendo que se encontraba inmersa en un gran lío, ahora que su padre sabía que usó el chaleco de un caballero—. Y luego me olvidé por completo que lo tenía. —Ella resopló.

Nadie necesitaba saber que ella dormía, junto a ese chaleco, en la cama, todas las noches, como una loca, una que estaba, ¡totalmente loca!

—No importa. —Ben se encogió de hombros—. Puede quedárselo.

Natalia arqueó una ceja.

“¿Lo mencionó delante de mi familia y de la suya, solo para decirme que podía quedármelo?”

—¡No, gracias! —espetó ella—. Lo devolveré mañana.

—No lo quiero —replicó él.

—Bueno, yo tampoco lo quiero —confirmó ella.

Se miraron fijamente, el uno a la otra, y Natalia podía imaginar las miradas intercambiadas entre los demás ocupantes de la habitación.

—¿Qué les parece esto, entonces? —Ben dio un paso adelante y capturó su atención con esa mirada mágica y dorada—. ¡Puede quedárselo y lo llamaremos un regalo de bodas!

Ben observó atentamente la reacción de Natalia, ante sus palabras. Aunque aparentemente estaba tranquilo, internamente, él era un manojo de nervios. No se habían hecho ninguna promesa, el uno a la otra, y lo que había entre ellos solo estaba destinado a ser un falso compromiso.

No fue culpa de Natalia que Ben se hubiera enamorado perdidamente de ella. Esas palabras de ella, la semana pasada, en el invernadero, habían confirmado lo que Ben ya sabía. Esas palabras sobre irse para siempre y no volver a verse nunca más, lo hicieron sentir como si las mismas le hubieran partido el corazón en dos, y él sabía muy bien que no podría y que no querría, vivir una vida sin ella.

Entonces, Ben emprendió una carrera contra el tiempo y trabajó como un loco para asegurarse, que todo estuviera en su lugar. Obtener una licencia especial no había sido fácil... Y los preparativos para sus propiedades y negocios estaban apenas a medio hacer... Pero había hecho lo suficiente para asegurarse de poder regresar aquí, y convertir a Natalia en su esposa... Lo único que quedaba era informar a la novia, y esperar que ella aceptara casarse con él.

La tía Elizabeth estaba fuera de sí, cuando Ben le dio la noticia, que probablemente abandonaría Inglaterra. Él no esperaba que el padre de Natalia aceptara su propuesta. ¡Y tenía razón! El conde ruso se había negado rotundamente a darle permiso a Ben.

“—Se lo diré, lo mismo que le dije a mi obstinada hija, esta tarde —espetó el conde Soronsky, cuando aceptó reunirse con Ben en la biblioteca—. Natalia volverá a casa. Vivirá en Rusia y se casará con un ruso”.

Ben reflexionó brevemente las palabras del hombre, pronunciadas durante un rato atrás. ¿Natalia se enfrentó a su padre? ¿Había defendido su caso? Si así fue, obviamente esto no funcionó. Y Ben tuvo que hacer todos los esfuerzos posibles y prometer que era sincero, en su deseo de mudarse a Rusia, si Natalia iba a vivir allí, para conseguir la bendición renuente del hombre. Aunque realmente “bendición” era una exageración.

Ben había pedido que el hombre estuviera presente para esto, pero el conde abandonó la biblioteca y no regresó.

“—¿Y si ella lo rechaza? —preguntó el conde Soronsky—. ¿Qué hará entonces? —Iré a Rusia, y lo intentaré de nuevo —había dicho Ben. Y lo dijo en serio”.

Dondequiera que estuviera Natalia era exactamente donde Ben quería estar. Acababa de descubrir cuánto la amaba, y no tenía intenciones de permitir que desapareciera de su vida.

La habitación estaba en silencio, salvo por el crepitar del fuego, en la chimenea, frente a la cual ahora se encontraba el vicario. Le había rogado a ese hombre, que fuera a la mansión, después del sermón de esa noche. Afortunadamente, el joven reverendo parecía ser un poco romántico y, cuando escuchó la historia de Ben, aceptó de inmediato.

Afuera la nieve caía a ráfagas, y adentro parecía como si la propia habitación contuviera

la respiración.

Ella todavía no hablaba.

—Talia —empezó a intentarlo de nuevo, aunque al oír su sobrenombre, en voz alta, parecía sacarla de cualquier estado, en el que se encontrara.

—¿De qué está hablando? —preguntó ella, con confusión en sus ojos azules y helados—. ¿Qué es esto?

Ben empezó a desear haber tenido esta conversación primero con Natalia, en privado.

Sin embargo, ya esto estaba hecho, no le quedaba más opción que dejar su corazón sobre la mesa, y esperar que ella lo tratara bien.

—Esta es mi torpe manera de proponer —lo dijo en voz baja, aunque por la forma en que todos se inclinaron hacia adelante para escuchar, incluso el vicario, hablar en voz baja, en estos momentos, era ineficaz.

Los ojos de Natalia se abrieron, y luego se llenaron de una tristeza insoportable.

—¡Oh, Ben! —expresó—. Se lo dije a usted, ¡esto no funcionará! Y ahora ha realizado un espectáculo, delante de nuestras familias.

—No estoy fingiendo, Natalia —la interrumpió, esperando que ella pudiera ver lo sincero que era—. Así como no estoy fingiendo mis sentimientos, en algún momento de este viaje, verdaderamente tonto e impulsivo, que hemos emprendido, perdí mi corazón por usted.

A Natalia se le cayó la mandíbula, y escuchó un suspiro de alguien en la habitación. Debía ser Beatrice o el vicario.

—Te amo, Natalia Soronsky —dijo con sencillez y sinceridad, cambiando su brusco tono de superioridad—. Estoy completamente enamorado de ti... Sé que esto empezó como una mentira, pero mi amor por ti es lo más verdadero y puro de mi vida... ¡Te amo y nunca dejaré de amarte! Así que no te estoy pidiendo que seas mi falsa prometida. Ni siquiera te estoy pidiendo que seas mi verdadera prometida. ¡Te estoy solicitando que seas mi esposa!

—Pero, ¡tú te fuiste! —exclamó ella—. Y ahora, yo tengo que irme.

Él respiró profundamente, entrecortadamente, y sacó la licencia del bolsillo.

—Salí para conseguir esto —aclaró—. Una licencia especial. Una que dice que puedo casarme contigo, ahora mismo, si me aceptas. Incluso me detuve en el camino para recoger a un reverendo.

Los ojos de Natalia se dirigieron al vicario y después a Ben.

—Ben, tengo que volver a Rusia —dijo ella, sollozando, con una lágrima rodando por su rostro—. Mi padre...

—Tu padre sabe que te quiero, Natalia —le aseguró—. Y sabe que si eso significa que puedo estar contigo, con gusto me mudaré a Rusia, y estableceré allí mi hogar.

—¿Qué? ¡No puedes decir eso en serio! —jadeó ella.

—Por supuesto que lo digo en serio —replicó él, mientras extendía la mano para agarrarle los brazos—. ¿No lo entiendes? No me importa mi título ni mis posesiones. No me importa si tengo que vivir fuera de Inglaterra.

Él movió una mano del brazo de ella, ahuecando esa barbilla y levantándola suavemente. Así obligó a esos ojos azules y gélidos para que se encontraran con los suyos.

—Pensé que la tía Elizabeth había perdido el juicio, cuando insistió en que me casara. —Le sonrió con ironía a la tía, que ahora estaba pendiente de cada una de sus palabras—. Pero ahora veo que ella es más sabia de lo que yo creía. Un hombre necesita una esposa. Una compañera en la vida. No me di cuenta de eso hasta que me enamoré de ti, y traté de imaginar mi vida sin ti.

—Sin mí... Serías más tranquilo, sin duda —continuó ella, y mucho más pacífico. Natalia observó una chispa de ira encenderse en esos expresivos ojos.

—Pero estaría aburrido, solitario y sobre todo sin amor. Porque conozco mi corazón, Natalia, y nunca podría pertenecer a nadie más que a ti. Nunca amaré a nadie más que a ti. Y viviría en la luna, si eso significara que podría estar a tu lado.

La ira abandonó las profundidades azules de su mirada, arrastrada por un torrente de lágrimas frescas.

—Ahora, por favor. —Él se rió, aunque el sonido fue forzado—. Por mucho que sepa que disfrutas torturándome, ten piedad, y líbreme de mi sufrimiento. ¿Qué dices?

Su corazón latía con fuerza mientras esperaba su respuesta, y la repentina sonrisa radiante, que apareció a través de las lágrimas de ella, hizo que el órgano amoroso se elevara aún más.

—¡Te amo, Ben! —gritó ella—. ¡Te amo tanto!

—Gracias al Cielo —murmuró él, antes de tomarla en sus brazos, y capturar su boca, en un beso abrasador, ignorando las protestas y los ataques de tos.

Finalmente, él la dejó levantarse para que tomara un poco de aire.

—Entonces, ¿eso significa que te casarás conmigo? —preguntó él.

Esos ojos femeninos se iluminaron con picardía y cómo le encantaba eso de ella.

—No se suponía que fueras mi novio, ¿sabes? —le recordó—. Fue por pura casualidad.

—¿Eso es un sí? —insistió él con la desesperación tiñendo su voz.

—Por supuesto que sí.

Todos se giraron al oír la voz profunda, resonante y acentuada, que provenía de la puerta, y el padre de Natalia se quedó mirándolos, mientras ellos estaban envueltos en sus brazos.

—Ella se casará contigo.

Natalia le sonrió a su padre y se apresuró a besarle la mejilla.

—Gracias, papá —susurró.

Su padre le dio unas palmaditas en la mano, antes de soltarla.

—Ven conmigo —dijo bruscamente—. Terminemos con esto de una vez. Ambos tienen mucho que hacer para empacar. —Él finalizó sus frases con una mirada dura hacia Ben.

Capítulo quince

—El baile de Nochebuena no resultó ser nuestro baile de compromiso, después de todo —susurró Ben al oído de Natalia, mientras la llevaba por la pista de baile.

Bailaron el vals, como si fueran las únicas dos personas, en el salón.

—Supongo que nuestro baile de bodas será igual de bueno —replicó ella con el corazón galopando, en respuesta a la fuerte mirada de Ben.

El vicario los había casado rápidamente, hacía apenas una hora, y, después de unas tranquilas felicitaciones familiares, la tía Elizabeth tuvo el gran placer de anunciar la boda, a sus invitados.

—Nunca superaré esto el año que viene, ¿lo sabes? —dijo ella con tristeza, pero pronto se recuperó, e incluso ahora aceptaba los elogios por lo maravillosa que había resultado ser la fiesta.

Natalia miró a su alrededor, y vio que ambos eran objeto de una ávida atención.

—¿Salimos afuera, esposo? —le preguntó. Nunca se cansaría de llamarlo así. Su mente aún estaba dando vueltas por los acontecimientos de la última hora: las maravillosas palabras de Ben, su propuesta, y el hecho que él la amaba tanto, como ella lo amaba a él.

Y ahora, ¡ella era su esposa! Fue un sueño hecho realidad. Un milagro de Navidad.

—Me encantaría —replicó Ben—. Pero volverás a tener frío y te llevarás mi chaleco. Y como te encanta ser una ladrona, y quedarte con mi ropa, no estoy seguro, que sea una buena idea seguir dándotela.

Natalia protestó, riéndose por sus escandalosas palabras. Pero la risa murió en su garganta, cuando los ojos de Ben se oscurecieron de repente.

—Por supuesto, ahora que eres mi esposa, no puedo pensar en mucho uso para la ropa ni la tuya, ni la mía. —Él sonrió con esa sonrisa lobuna, que envió fuego a través de las venas de ella.

Natalia tragó saliva con fuerza, intentando controlar su hiperactivo cuerpo.

—No estoy precisamente preparada para una noche de bodas —susurró ella—. Y no puedo quedarme aquí. No tengo nada para la noche.

Ben se rió en voz alta, atrayendo aún más la atención hacia ellos.

—¿Qué te dije sobre la ropa? Eso se aplica tanto a la ropa de noche como a la de día.

—Pero... pero hay cosas que necesitamos —insistió Natalia, con las mejillas sonrojadas.

Ben extendió la mano y pasó los nudillos por una mejilla escaldada, mientras su mano todavía rodeaba la más pequeña de Natalia.

—No necesito nada más que a ti, mi amor —dijo con sinceridad—. No quiero nada más que a ti.

La atrajo escandalosamente hacia sí, sin darse cuenta o sin importarle la multitud que lo observaba.

—Y si nos vamos ahora, tendremos horas, antes que termine la fiesta. —Él se inclinó y depositó un beso en el pulso acelerado de ese cuello, a la vista de los invitados de su tía.

Al final, resultó que les tomó mucho más tiempo, del que a Ben le hubiera gustado, poder escapar del salón de baile. Con cada paso que ellos daban, eran interceptados por simpatizantes y debutantes, decididas a escuchar los detalles de ese amor secreto.

—Es tan secreto que ni siquiera nosotros lo sabíamos —le susurró Ben al oído.

—Lo supe —replicó ella, suavemente—. Lo supe desde el primer momento, en que me besaste.

Ben la miró y sus ojos se clavaron en los de ella.

—Eso es todo —dijo él de repente—. No más felicitaciones. Si alguien te detiene, ignóralo.

Por segunda vez esa noche, Natalia fue arrastrada fuera del salón de baile. La expresión de Ben parecía lo suficientemente feroz, como para disuadir incluso a las felicitaciones más decididas y, finalmente, ellos estaban felizmente solos.

Ben la condujo a las habitaciones del ala oeste de la casa.

—Lejos de familiares e invitados —gruñó, mientras cerraba la puerta con un clic decisivo.

Extendiendo la mano y atrajo a Natalia hacia sus brazos.

—Yo también lo supe cuando te besé —dijo él, mientras sus manos exploraban ese cuerpo femenino de forma lenta y tortuosa—. De hecho, creo que probablemente lo supe antes. Aunque admito que me llevó un tiempo darme cuenta. Fingir que estaba enamorado de ti me distraía de los dolores de cabeza, que me causabas. —Le guiñó un ojo—. Fui libre de notar lo ingeniosa, inteligente, valiente y hermosa que eres. Cuanto más hermosa te ponías, menos molesta me parecías.

—Estoy segura que eso no es cierto —logró decir Natalia, aunque ya estaba sin aliento.

Ben inclinó la cabeza para dejarle besos a lo largo de la mandíbula hasta su oreja, donde se detuvo para susurrarle:

—No, todavía me molestas —admitió, y ella le dio una palmada juguetona en el brazo—. Pero me estás empezando a gustar, cada vez más, cariño.

—Eres un sinvergüenza —replicó ella, aunque su voz sonaba forzada, incluso para sus propios oídos.

Las manos de Ben se movieron hacia la espalda, y comenzó a desabrocharle lentamente los botones de perlas del vestido.

—Debería haberme negado... Exigirte que no fueras más que mi falso prometido. —Ella intentó sonar severa, pero estaba librando una batalla perdida, y ambos lo sabían.

—No hay nada falso en lo mucho que te adoro. No hay nada falso en esto —le aseguró Ben, antes de capturar sus labios en un beso hambriento—. Creo que ya es suficiente hablar por ahora —continuó, cuando la dejó levantarse para tomar aire—. ¿Qué dices, esposa? —Él sonrió.

Natalia le devolvió la sonrisa.

—Hasta ahora lo estás haciendo muy bien para ser un novio accidental —confirmó ella.

Epílogo

El salón de baile estaba adornado con franjas de tela blanca y cientos de velas blancas decoradas con brotes de acebo y hiedra.

—Realmente, tu tía se ha superado —dijo Natalia, mientras observaba su entorno.

Habían regresado de Rusia, hacía apenas unos días, tras haberle prometido a la tía Elizabeth, que estarían en casa, durante las vacaciones.

A su llegada, anunciaron que se quedarían en Inglaterra para que Ben pudiera supervisar sus propiedades y los negocios, una vez más. La tía Elizabeth se mostró encantada. Su entusiasmo solo fue superado por el de Bea, y se dispuso de inmediato a transferirle los fondos a Ben.

Él se había opuesto, pero ella insistió, y Natalia sabía que Ben estaba entusiasmado por invertir el dinero, y comenzar a desarrollar todas sus ideas nuevas e ingeniosas. Y ella estaba emocionada de ayudarlo, en cada paso del camino.

La rigidez del padre de Natalia se había apaciguado en los últimos doce meses y, una vez que recibió garantías, que volverían a visitarlo, tan a menudo como pudieran, finalmente, él se permitió sentirse verdaderamente feliz por su hija.

—Lo ha hecho —concordó Ben con su esposa, atrayéndola hacia su costado, y depositándole un beso, en su frente.

A él nunca le había importado el decoro, burlando la regla no escrita que los hombres y las mujeres, incluso los esposos y las esposas, no debían tocarse demasiado en público.

—Si los rusos pueden manejarlo, los ingleses tendrán que aprender también —había dicho, cuando Natalia le recordó la rígida sociedad de su país natal.

—Creo recordar que la querida señora se lamentó porque nuestra boda, el año pasado, arruinó por completo sus futuros eventos. —Natalia bromeó.

Ben dejó caer una mano sobre el estómago, suavemente redondeado, de Natalia.

—No tardará en cambiar de opinión, en ese sentido —dijo él con ternura, y Natalia sintió esa familiar oleada de amor recorriéndola. Incluso después de un año, la fuerza de sus sentimientos por su marido podría tomarla por sorpresa.

—Al menos, esperemos hasta que termine de recibir a sus invitados. —Ella se rió.

—¿Estás hablando del bebé? —Beatrice apareció al otro lado de Ben, su rostro era la viva imagen de la emoción.

—El bebé secreto —le recordó Natalia con fingida severidad.

—Ya ustedes tienen suficientes secretos —argumentó Bea—. Y no quiero involucrarme en ninguno más.

Alguien la saludó y con una rápida sonrisa de disculpa, Bea salió volando nuevamente.

—Realmente eres una desgracia en lo que a tener secretos se refiere —dijo Ben, ganándose una mueca de disgusto.

—¿Yo? —objetó Natalia—. ¿Cómo es eso?

—Bueno, estaba el plan de compromiso falso. Eso fue todo tuyo. Y el hecho que estuvieras secretamente enamorada de mí, secretamente suspirando por mí, deseando que... ¡uf!

—¡Oh! Lo siento, mi amor. ¿Te pisé el dedo del pie sin querer? —Natalia parpadeó y miró a su marido con los ojos muy abiertos e inocentes.

—No eres más que una marimacho, Lady Staunton —dijo Ben, sonriendo—. Ni siquiera

un año de felicidad conyugal con un apuesto conde ha logrado arreglarte.

—Y tú sigues siendo un canalla, arrogante y engreído, Lord Staunton. —Ella le devolvió la sonrisa.

—Solo porque tengo muchos motivos para estar orgulloso —dijo él, besando a su esposa en los labios para que todo el mundo lo viera.

Natalia sabía que se hablaría de ellos. Sabía que las matronas se desesperarían por saber de ellos, y que a Ben esto no le importaría un bledo. Y a ella tampoco.

Él pudo haberse convertido en su marido por accidente, pero cuando ella le devolvió el beso, descubrió que definitivamente, esto fue a propósito.

El fin.